

MESTIZA ALAZANA

Nelson Gasca Guzmán

ONDINA.....	1
EN EL AÑO DE MIS DOCE AÑOS.....	2
ME PARECE QUE MI PADRE DIJO.....	17
ROSA.....	19
BULTOS Y COSTALES.....	23
LA DORADA - PUERTO BOYACÁ.....	25
CENIZO.....	29
ORIÓN.....	34
CONSUELO.....	35
NACHITO.....	39
...COMO BAÑARSE EN EL RÍO.....	41
DESPUÉS DE LAS FIESTAS.....	47

ONDINA

¿Quién le ha enseñado la melodía secreta de aquel torrente? ¿El paso de tigrillo y el batir de las manos como las alas de las garzas y las guacharacas al iniciar su vuelo? Y ahora va donde la tierra es roja tostada de sol y savia, donde anidaban los güios y los temblones se agazapaban en el fango del fondo del agua. Va para desentrañar su memoria y la memoria del río.

¿Quién le ha indicado las coordenadas secretas de ese mundo nunca visto donde todo comenzó? Allá va la muchacha de piel panela y ojos lapislázuli tras horas y días y vueltas de la tierra, llega a donde alguna vez circularan las lanchas y las chalupas, en medio del olor de la manigua que surge de ella y de allí, recorre la arena y se arrodilla en medio de la corriente que ya no es.

Los ríos cantan igual en cualquier continente. Ella canta del Garona al Ortegúaza.

Arrodillada, el pelo arcilloso arremolinado en su frente, introduce el dedo corazón en el que fuera barro para los bagres y las pezuñas de los novillos al abreviar al crepúsculo. La humedad de la selva la cubre como el rocío mañanero y las aguas brotan de entre las arenas y alcanzan sus codos. Sonríe y agita los dedos como tocando un arpa y un caudal de aguas terrosas la anega, la arrastra y se funden ella y el río nuevo al que ha enseñado a cantar.

EN EL AÑO DE MIS DOCE AÑOS

En el año de mis doce años la espectral familiaridad de un lugar terminó por sumirme en este iridiscente abismo adonde aún sigo precipitándome.

Entre mi casa y mi colegio diariamente se erigía un deseo. Yo no era el único que anhelaba penetrar en ese antiguo dominio abandonado; también Gohard manifestaba su entusiasmo cada vez que bordeábamos la decrepita propiedad separada del mundo por una chamba infestada de musgo y hojarasca. Allí nadaban sapos y renacuajos, y agachábamos la frente en memoria de mi charapita extraviada en esas aguas durante alguna tarde bochornosa al final de la jornada.

Todas las tardes, después de las clases, con las rodillas de los pantalones manchadas de pasto y el saco azul colgando del hombro, nos preguntábamos quién pudo habitar allí y porqué lo habían echado al olvido, cuando un terreno de esas dimensiones debía costar millones. Nuestras hipótesis más frecuentes apuntaban hacia algún siniestro crimen sin resolver. Allí debió morir una familia entera, asesinados a sangre fría, descuartizados y enterrados en bolsas de basura en el jardín. Cuando el calor de la tarde se alborotaba, no descartábamos la posibilidad del embrujo. Fantasmas, duendes, diablos ocuparon lentamente las habitaciones, desplazando a sus habitantes hasta expulsarlos para siempre, sin posibilidad de regreso.

Por entonces había comenzado a reconocer qué materias eran mis predilectas y las lecturas de cuentos de terror que nos había propuesto el profesor Parra me inclinaron hacia las letras, aunque era un buen estudiante en general. Nunca había obtenido malas notas. Sin embargo, embelesado con el descubrimiento de las primeras sensaciones de la pubertad a causa de Laura y a mi obsesión por aquella casa frente a la cual me sentaba tardes enteras a contemplarla, el boletín de calificaciones sorprendió a mi mamá con dos asignaturas perdidas: español y sociales. No estaba haciendo todas mis tareas. Aunque mejoré en química y biología, a ella y a los profesores, acostumbrados a mis resultados intachables, les tardó varias semanas volver a verme con los ojos respetuosos del pasado.

Edgar Novoa, trece años, más curtido que los demás en la materia que compone la vida real, conjeturó que podía tratarse de una casa perteneciente a narcotraficantes, en donde pudieron haber escondido caletas de cocaína y dólares, muchos, muuuchos dólares. A mí, soñador empedernido, la hipótesis del embrujo era la que más me

convencía. Así que le propuse a Gohard que el viernes, después del colegio, después de almorzar y dejar la maleta, quitarnos el uniforme y darles un pico a nuestras madres, nos aventuráramos dentro de la casa encantada. Tenía que estarlo, ¿qué más podía ser un lugar así?

El viernes llegó y nos las arreglamos con Gohard para evitar a los demás compañeros. Esto sería algo entre él y yo. Se requería de mucha discreción y estaba seguro de su perfecta complicidad para tan delicada operación. Él era tímido pero valiente, y detrás de un amaneramiento que le hizo proclive a ser tildado de mariquetas (desafortunado, su nombre completo era Gohard Botero Chica), se escondía un muchachito fuerte, de músculos bien trenzados y huesos largos y resistentes. Su única falta para pertenecer de lleno a nuestra gallada era que no poseía una bicicleta. Esa carencia lo apartaba de la mayoría de nuestras excursiones en pandilla por el barrio, aunque en ocasiones, a regañadientes, trepaba en los posapiés con los que equipábamos nuestras ciclas y clavándome las uñas en las clavículas, cual cuervo sobre una gárgola, se dejaba conducir hasta donde nos llevara la tarde.

Aquella tarde de viernes no necesitábamos la bicicleta. La casa quedaba a tan solo cinco minutos de la mía, aunque la calle en la que se encontraba, a pesar de ser una prolongación de la misma, la "diagonal ciento setenta y cuatro", ni se llamaba igual, ni lucía como en mi cuadra, pues del otro lado no estaba pavimentada. Un alambre de púas dibujaba un portal que separaba los dos barrios y bastaba dar ese paso para atravesar hacia otra dimensión menos urbana pero más rica, ataviada de grandes eucaliptos, de enormes jardines floridos y de diversas arquitecturas, en radical contraste con la uniformidad de casas amarillas de dos pisos y dos garajes en donde yo vivía.

Mientras caminábamos hacia nuestro destino conversábamos sobre los posibles habitantes de la casa. No recordábamos ninguna actividad humana en aquel lugar a pesar de que se cumplían tres años desde que formaba parte de mi recorrido diario hacia el colegio. Todos los de "a pie" debíamos pasar por allí cada día y nuestras indagaciones indicaban que nadie había visto nada. Únicamente un testimonio de Ospina, compañero de nuestro mismo curso en quinto grado, nos revelaba cambios en la impasible monotonía de la mansión. Él mencionaba un Renault 4 blanco que se parqueaba allí. Cuando lo comentó, el carro apareció en mi recuerdo, pero entonces no supe si el comentario de Ospina había servido para remover el polvo de mi memoria o, por el contrario, para instalar en mí un recuerdo inexistente de una imagen nunca vista. Sea como sea, ese viernes por la tarde no había ningún Renault 4 en los alrededores.

Percibimos el aumento de las palpitaciones en las sienes apenas cruzamos el portal de alambre de púas y avistamos la fachada, la puerta marrón, el portón añil del garaje, las ventanas clausuradas. Sabíamos que estábamos haciendo algo prohibido. Que si llegasen a capturarnos franqueando la barrera, arriesgábamos el pellejo. Pero la curiosidad de enmarañarnos en la hierba sin cortar y los matorrales fue mucho más intensa, como si ese lugar ejerciera una influencia irracional sobre nosotros, sobre mí. Era yo... Gohard únicamente me acompañaba por su inquebrantable fidelidad. Él conseguía siempre permanecer sólido, casi indiferente frente a los acontecimientos, mientras que mi sensibilidad exacerbada me convertía en presa fácil de

susceptibilidades dolorosas. No pretendo con la anterior reflexión fingir que en el umbral de la casa yo tenía conciencia de lo que me esperaba. Entraba desprovisto de prejuicios sobre lo que contenían esos muros ocres sembrados de hierba y humedad; era guiado por un deseo de hallar "eso", un misterio, un temor, una revelación.

Saltar la reja del portón exterior no supuso mayor esfuerzo. Gohard me sirvió de soporte con sus manos y me abalanzó hacia lo alto, lo que me permitió agarrarme de la varilla de hierro negro cuya punta de lanza podría atravesar el hígado de un hombre sin dificultad. Esas trampas estaban concebidas para adultos y el espacio entre dos puntas de lanza me sirvió para acaballarme cuidadosamente y, desde lo alto, ayudarle a Gohard a trepar.

Rodeamos el garaje del costado derecho, trotando para evitar las miradas de los escasísimos peatones que pudiesen circular por allí fuera de las horas de entrada y salida de los colegios. Tenía el corazón en la boca. Era mi primera verdadera travesura, más seria que cuando habíamos roto el sillón en la casa de mi tío y habíamos echado abajo los rieles de las cortinas. Mucho más seria, sospechaba, que cuando intenté darle una lección a Kelly, la morenita de segundo de primaria que se creía la reina de Saba y andaba siempre montándosela a Luisa, la cachetona de rasgos achinados. Para hacer ojo por ojo, diente por diente, le bajé el pantalón de la sudadera así como ella se lo había bajado a Luisita para molestarla. No era demasiado grave pues traíamos puesta la pantaloneta de educación física bajo el pantalón. Mi tirón, sin embargo, fue más potente de lo previsto y quedó a la vista la imberbe intimidad de Kelly durante dos segundos, lo suficiente para que se atacara a llorar durante el resto de la jornada escolar. Olga, su compinche, me amenazó en la arenera: "Lo vamos a hacer quedar como un zapato, Edgardo". Y así quedé, achicopalado, al tener que excusarme al frente de toda la clase. Kelly, Luisa y yo explicando la situación, dándonos un apretón de manos y recitando el discurso que nos exigió el prefecto de disciplina, pero conscientes de que la inocencia se había esfumado una vez y por todas.

La exhibición de las partes nobles de mi compañera había sido un accidente. No podía considerarlo un crimen. Penetrar esa casa, por el contrario, surgía de mi entera voluntad, no por el simple hecho de cometer una fechoría, sino por la necesidad de trasgredir la ley para acceder al objeto de mi ilusión. A los ojos de los demás, eso era un crimen. A los míos, era la reclamación de un derecho primordial arrebatado entre las horas de clase en el colegio y la férrea disciplina impuesta a distancia por mi padre perennemente ausente.

En la parte trasera de la casa dormitaban antiguos escombros y lo que parecían ser restos del motor y la carrocería de un carro. Quizás era el Renault 4 evocado por Ospina, desguazado y enterrado a medias en el patio trasero. El acceso al interior nos lo vedaban una puerta de pesada madera contigua a una ventana pañosa protegida por una reja de acero, todo carcomido por el polvo y la sombra. Limpié el cristal de la ventana con la manga de mi saco y formé un boquete verduzco para ver dentro. Me ceñía a las rejas, tembloroso, cual prisionero en su celda, como si el interior de la casa fuera el escape a un largo encierro en el mundo.

La cocina lucía abandonada pero limpia, muy sencilla, con una mesita escarlata y dos sillas plegables de marco metálico y posaderas abullonadas, una azul, otra

amarilla. Una blancuzca pátina lo recubría todo, lo embellecía todo y el polvillo volante de la luz relucía en matices sepia del sol de las cuatro de la tarde descendiendo sobre los cerros de Suba y de la Conejera. Los rayos que se filtraban debían provenir del lado oculto de la casa, en el costado izquierdo desde la entrada principal, negado a nuestra vista en los trayectos diarios por el muro que circundaba el terreno. Desde el boquete alcancé a sospechar un salón con piso en madera lustrosa y el espaldar de cuero negro de un sofá.

Teníamos que entrar.

Sí, confieso, lo confieso; fui yo quien tomó la piedra y fui yo quien la proyectó contra la ventana que explotó en pedazos. La reja de acero, concebida para los adultos, no había previsto la fineza de las manos de Gohard, ni la delgadez de su torso. Era capaz de penetrar hasta la cintura y no atravesaba el cuerpo entero por simple pudor, pues estaba dentro de sus posibilidades. Se limitó a estirarse hasta alcanzar el pasador interior de la puerta mientras yo le sostenía las piernas. Así de fácil desencadenamos la apertura de esa caja de Pandora.

Se trataba, efectivamente, de una casa tocada por la magia. El piso de fina madera, los muebles de cuero marrón, el comedor transformado en habitación de cama redonda con jacuzzi y televisión de pantalla gigante; el salón principal equipado sobriamente para acoger a un grupo de amigos ávidos de juegos o de parranda, con una mesa de centro de madera lacada beige y en un mueble independiente un equipo de sonido Pionner enorme como una locomotora. La chimenea abrigaba algunos leños carbonizados y una pintura decoraba el muro: una joven desnuda rodeada de un trío de borrachines malacarosos. ¿Cómo comprender en aquel momento, en aquella edad, de lo que realmente se trataba ese lugar? El olor sofocado del whisky y del tabaco permanecía agazapado en los muebles. Perfumes lejanos de una fauna de féminas se entrecruzaban bajo los polvorientos tapetes y cojines.

Recorríamos el espacio con cautela, a pasos cortos y titubeantes que sacudían la fina película de polvo sobre las cosas, señal del tiempo pasado sin visita humana. Las cortinas estaban cerradas, pero un resquicio en una de las ventanas permitía el paso a un rayo de luz; él solo iluminaba el interior. Temblábamos de excitación. La posibilidad de ser descubiertos hacía remontar emociones inéditas. Gohard lucía pálido y nervioso, mirando tras su hombro frecuentemente, sus labios secos y enmudecidos. Yo lo seguía despacio, descubriendo el velo de años posados en el aire, y con cada paso me embargaba una certeza: estaba encontrando mi hogar, al fin un sitio que me acogía con los brazos abiertos, donde no debía rendirle cuentas a nadie, donde todo era posible.

Las posteriores incursiones a la casa fueron haciéndose más sencillas y descaradas. La ausencia de luz eléctrica era un detalle banal dado que eran los tiempos del racionamiento causado por la sequía de la represa del Guavio y todo Bogotá subsistía varias horas diarias a punta de velas, lámparas y linternas.

Gohard se ocupó de barrer y trapear, y dejó todo reluciente. Entretanto, yo exploraba cada cajón, armario, caja y bolsillo posibles. Definitivamente no era la casa principal de una persona, sino más bien un refugio cómodo, equipado para pasar una temporada de retiro. El segundo piso, conformado por tres habitaciones completamente vacías, lucía intacto, como si nunca hubiesen posado un pie sobre el tapete gris. Jamás volvimos a subir, pues el primer piso ofrecía todo el confort de un apartamento de 100 o 150 metros cuadrados, más que suficientes para nuestra talla de doce años.

En todo el recinto no había retratos, ni documentos personales, sólo algunas revistas y periódicos en el baño. La puerta que desde la cocina daba al garaje, sin embargo, estaba cerrada con candado. De toda la casa, sólo ese lugar permanecía velado a mi curiosidad, y sólo esperaba ganar un poco más de confianza para decidirme a romper el acero.

Las tardes después del colegio se convirtieron en obligadas excusas para ir a estudiar donde Gohard, y de él para ir a estudiar a la mía. Íbamos a pasar al menos una hora diaria en nuestra guarida, antes de que oscureciera, justo cuando el racionamiento eléctrico entraba en vigor. No hacíamos gran cosa en nuestra soledad compartida. Jugábamos al ajedrez, pegábamos monas del álbum de Jet y fantaseábamos con las escasas niñas que el colegio masculino nos permitía conocer. Yo soñaba con Laura, la vecina de la cuadra de Gohard que me despertaba sensaciones incontrolables a mi tierna edad. Tenía piel trigueña clara y mejillas rosadas, el busto muy bien desarrollado para una niña de doce años y un aroma impreciso a eucalipto y aguacero. Cuando la vi por primera vez, varios meses atrás, el día en que Gohard me llevó a donde Sabrina, su vecina, para un casting que no funcionó dada mi baja estatura (Sabrina aparecía en comerciales de televisión y era una estrella en su cuadra), Laura llevaba puesto el uniforme escolar. Un remesón en el abdomen me advertía anhelar algo de ella e intuía muy bien qué era, aunque yo ni siquiera había mudado de voz.

Posiblemente mi deseo fue demasiado notorio cada vez que íbamos a visitarla con Gohard. Hubo semanas en que diariamente nos sentábamos a jugar ajedrez frente a su puerta y ella simplemente se sentaba allí, a vernos. Yo le veía las medias blancas y las rodillas y los muslos carnosos mientras recibía innumerables jaque mates. El novio habrá terminado por enterarse de que yo la llamaba regularmente a su casa y una mañana de sábado, mientras revolcaba la nevera en busca de una manzana, desde el segundo piso mi mamá me anunciaba que me necesitaban al teléfono. Un muchacho de voz joven, no de niño, nada más decirle "aló", me amenazó con "pegarme un tiro culo arriba" si seguía insistiendo en pretender a su novia, suya y de nadie más. Además de la explícita advertencia, me llovieron numerosos insultos a los que apenas si pude replicar antes de que colgara el teléfono.

Me quedé impávido, tembloroso, ponderando la seriedad de la llamada, la primera de ese estilo en mi vida. Al principio sentí miedo, imaginé ataques por la espalda mientras iba a comprar el pan y la leche a la tienda de la esquina, persecuciones en bicicleta para salvar mi vida. Pero el miedo dio paso a una cólera primitiva que se apoderó de mí y me dejó sin aliento. ¿¡Quién era ese malparido para venir a amenazarme a mí, a mí!? Lancé una patada al aparador, la vajilla al interior se sacudió estrepitosamente y una abolladura marcó el querido "bifé" de mamá. Me quedé obnubilado en el sofá, apretando hasta el dolor los apoyamanos y cabeceando sobre el espaldar, reparado años atrás cuando en una disputa familiar mi padre le

había roto la cara a uno de mis tíos y el impacto había destrozado la piel, el hueso y la madera. La sangre muy caliente se hereda y sólo mis hemorragias nasales rutinarias, cuya causa ha sido esquivada a los médicos, me mantenían sereno y equilibrado.

Me ofendieron profundamente los insultos de ese desconocido. Pensaba en ese "tiro culo arriba" y anhelaba tomar su lugar, armarme y corretearlo por todo el barrio. No sería raro. Villa del Prado era conocido por sus pandillas y gañanes. Una muchacha bonita como Laura bien podía ser cortejada por un malandro, quizás armado de puñal, quizás más. En el fondo, sin embargo, me decía que éramos niños y nada podría pasarme. Estaba a punto de conocer mejor los límites de la maldad, pues aquella simple llamada telefónica acababa de sembrar en mí una semilla de odio que tarde o temprano germinaría. La sentía crecer en mí simultáneamente a mi líbido, a mis huesos y a los vellos del pubis y las axilas. Me anegaba en una lava impetuosa como sólo la pubertad lo puede conseguir, arrastrando rocas y terrones desde las profundidades de mi cuerpo en espera de la erupción.

Nuestro refugio se convertía en el espacio sagrado de todos los posibles. Era adictivo vivir como los grandes sin esperar años de trabajo y madurez para hacerse a un espacio propio. Cuando mi madre viajó a la finca, en el Caquetá, para acompañar a mi padre mientras buscaba un reemplazo para el mayordomo y atender su funeral, pues ebrio se abalanzó en la canoa contra un tronco al regresar de una fiesta por el río, no tuvieron otra alternativa que dejarme al cuidado de Yoana, nuestra muchacha del servicio. Planeé mi escape como un buen estratega de guerra.

Bastó con mentirle a mi madre durante su primera llamada desde Florencia. Le dije que habían pasado los técnicos de la ETB para avisar que harían obras en la cuadra y no habría teléfono durante quince días. Para que estuviera tranquila, me comprometí a esperar llamada desde la casa de un buen amigo, Gohard, los domingos a las 10 de la mañana. Luego convencí a Yoana de que mi tía Lucía me había ofrecido pasar esas semanas con ella y su rostro no ocultó la alegría de saberse poseedora de unas merecidas vacaciones.

Desconecté la línea telefónica y empaqué mi maleta. El resultado sería un encierro de dos semanas en mi nuevo hogar, apenas interrumpido por unas cuantas salidas nocturnas hacia mi antigua casa para recargar las reservas alimenticias cuando escaseaban. Incluso me tomé la molestia de falsificar una nota para justificar la ausencia en el colegio. Ya que me había decidido, el crimen debía ser inmaculado, no podía dejar cabos sueltos. El profesor Parra, a sabiendas de que iría a mi primer funeral, me recomendó acercarme al difunto y despedirme de él. "No hay que temerle a los muertos sino a los vivos", declaró. Y me deseó suerte en lo que sería, según sus palabras, un viaje de iniciación. Únicamente Gohard estaba al tanto de mi celada, pero yo confiaba lo suficiente en él como para sospechar una posible traición. Me sería leal por amistad o por temor, pues para entonces sus ojos entornados, los mordisqueos de sus dedos y un leve aroma a lirios putrefactos manifestaban su miedo hacia mí, testigo de mi lenta y abyecta transformación en un granuja.

El día estaba soleado y había almorzado el arroz con pollo que Yoana preparó para

despedirme, comiendo frente al televisor mirando Los Simpsons. Así le decía adiós a mi infancia, así me alistaba para enfrentar, como un eremita, el destino irresistible que me había sido marcado. Casi lloré al despedirme de Yoana, insistiéndole en que no hacía falta su compañía hasta donde Gohard, en donde mi tía me recogería horas después. Y me fui caminando despacio, dando rodeos por el barrio, perdiéndome por horas entre las tiendas y las papelerías de la Nueva y la Vieja Villa del Prado, con la palpitación acelerada del soldado que se dirige al campo de batalla y se estima vencedor, aunque tema por la suerte de sus compañeros que dejarán la vida a su lado.

Cuando dieron las seis de la tarde y la noche cayó agobiante sobre Bogotá, rodeé el barrio por la Calle 170, pasé por la iglesia Santa María del Prado y recordé que unos meses atrás había querido ser parte de "las abejitas", el grupo de oración y canto de los niños de la comunidad. Más que las abejitas, la flor de mi atracción se llamaba Lina, mi compañera del curso de preparación para la Primera Comunión. Sin embargo, sólo me dejé tentar una vez por el grupo para no regresar jamás, prefiriendo quedarme en casa a ver películas alquiladas en la videotienda Roerik.

Frente a la iglesia iluminada, desde el burdo montículo que trazaba el sendero hacia la sencilla construcción (pues era una iglesia reciente, apenas funcional, en materiales prefabricados que la asemejaban a las oficinas de un proyecto inmobiliario), musité un padrenuestro y un avemaría, me santigüé y seguí mi camino alrededor de San José de Bavaria, comenzando a temer la densa oscuridad que me abrazaba en ese barrio de calles desoladas.

Aceleré el paso y atravesé casas cuyos salones y comedores destellaban con las lámparas de gas y las velas. En una inmensa quinta esquinera, seguramente una antigua hacienda, resonaba una planta eléctrica. El cielo se cubrió súbitamente, se encapotó como sólo sabe hacerlo en esa ciudad de cerros y páramos, con la maestría de un mago reemplazando el pañuelo en la mano por una paloma negra mientras dos relámpagos sobre la Conejera retumbaron en el aire.

Me detuve frente a mi nueva morada, a tan poca distancia de la casa materna, pasé saliva y me colmé de frío. Las piernas reblandecidas me gritaban que abortara el plan, aún no era demasiado tarde, todavía podía salvarme. Me quedé allí parado, emparamándome indeciso, hasta que un disparo en la noche, un tiro, claramente un tiro de pistola como los había escuchado alguna vez, años atrás, en el Caquetá, me sacudió de mi ensoñación, obligándome a trepar el duro acero de la reja, la puntuda lanza capaz de atravesar el corazón de un hombre.

Mi casa me recibió entre sombras con los brazos abiertos y ya dentro mi mirada se adaptó a la penumbra. Respiré por primera vez el aire puro, límpido de la más completa soledad y agradecí por ese destino sagrado que encarnaría con creces. Me recosté en la cama redonda. Eran las seis y treinta de la tarde de un sábado de marzo de 1993.

Asumí mi rol con absoluta entereza y diligencia. Dormí la noche entera, la noche primera, pues necesitaba reponerme de las tensiones invisibles provocadas por la

planeación de mi huida y la errancia por las calles de mi barrio. Al amanecer, lo más natural fue preparar el desayuno, como había visto tantas veces sin jamás hacerlo yo mismo. Preparé sánduches de pan tajado con mortadela y aguadepanela como sobremesa. Comí en silencio en la mesita de la cocina, mirando un fondo vegetal de pinos y eucaliptos a través de la ventana mohosa. Quise ducharme pero ninguna gota se asomó por aquellos grifos, así que simplemente me enjuagué el rostro con un poco del agua de mi contimplora, me vestí con mi bluyín preferido, uno blanco con rotos en las rodillas, la camisa de rayas verticales azules y moradas fuera del pantalón y los tenis "Redbrook" rojos; eran chiviados.

Saqué una silla de la cocina hacia el jardín trasero (el delantero estaba vedado por obvias razones) y me senté en pleno rayo de sol a leer *Tom Sawyer*. Pasada media hora sentí hambre de nuevo, me comí un paquete de Super Ricas picantes y me acosté en el sofá a escuchar radio con mi walkman. Cuando llegó el mediodía, hambriento una vez mas, volví a preparar sánduches de mortadela, acompañados de Manzana Postobón. Un dardo de nostalgia me impactó entonces, cuando el sabor de la gaseosa me recordó los almuerzos dominicales con la familia. ¿Qué estarían haciendo mi mamá y mi papá? ¿Y mi tía Lucía y mis primos? Tuve que contener una vez más el impulso de abortar mi estadía, pero salí enseguida en busca de Gohard, pues descubrí que la soledad total era algo que no se aprendía de la noche a la mañana.

Con Gohard en mi casa todo era diferente, era mejor. Él me trajo agua, cocinó arroz y le agregó carne asada que les había sobrado la víspera. Perdí al ajedrez y hablamos sobre Mesopotamia y el código de Hammurabi. Se me formó un nudo en la garganta cuando se despidió en la noche, y le hice prometerme que volvería al día siguiente, después del colegio, el lunes.

Esa noche fue difícil conciliar el sueño. Me acosté con el radio encendido hasta que las pilas se agotaron y en el silencio de mi vivienda impregnada de ciudad y bosque, me sentí desamparado y vencido. Iba a regresar a la casa familiar en ese mismo instante, pero al intentar levantarme, una fuerza retenía mis miembros, impidiéndome cualquier movimiento. Sobre mi pecho se posaba un fardo terrible impidiendo mi respiración y un olor a gasolina, a manigua, el olor de los motores en la selva, se expandió por la habitación. Pasé la noche en vela sudando, delirando, llorando...

Gohard cumplió su promesa, como era natural, y me reconfortó al encontrarme bajo las cobijas, ardiendo de fiebre en la penumbra. Una fina película de hollín manchaba mis muslos, como si un niño travieso me hubiera coloreado con carboncillo durante mi duermevela. Ni él ni yo pudimos explicar el origen de tal fenómeno, pero prometió indagar entre sus conocidos, manteniendo, eso sí, total discreción. De la droguería me trajo una tableta de Dólex y una paleta Drácula (venía con una dentadura de vampiro como regalo), convencido de su eficacia contra las altas temperaturas del cuerpo. Entonces mencionó la posibilidad de buscar a Yoana, a mi tía, a mi madre, pero le corté de tajo arrojándole la paleta contra el pecho, enseñándole furioso los colmillos de plástico. Su camisa blanca quedó chisporroteada de salsa de fresa y cobertura de chocolate, y él peló sus caninos de verdad, paralizándome de terror con su mueca deforme y furibunda. También él escondía una fiera.

Estiré mi brazo y jalé a mi compañero hacia mí, reteniéndolo junto a la cama, pidiéndole exaltado que me perdonara, que se quedara conmigo esa noche, que nunca

me fuera a abandonar. El forcejeo fue ablandando y sus ojos se tornaron brillantes y acuosos como los de un novillo y en ellos avisté mi propio rostro, el pelo enmarañado, las ojeras coloradas como un par de socavones. Se liberó de mi agarre con firmeza, me sonrió y se despidió con un "hasta mañana" reconfortante.

La fiebre empeoró y durante tres días y tres noches, alucinando de bochorno y soledad, visitado por pesadillas inéditas que me sacudían entero (tronos en el cielo, fábricas desmanteladas, rugidos ensordecedores), mi único respaldo, mi salvador, fue mi fiel y obstinado amigo, quien contra viento y marea, confiado en que algo bueno ocurriría, mantuvo el secreto de mi residencia.

Tras una noche especialmente agitada, cuyas visiones se quedaron tatuadas en mi memoria por siempre, cuya descripción prefiero obviar para mantener atados tales demonios, la fiebre empezó a menguar.

Qué sorprendido lucía Gohard el jueves al acceder al salón principal de mi casa y encontrarme allí bien sentado, vestido de blanco de los pies a la cabeza con las elegantes prendas que mi tío C. me había ofrecido en Navidad. Sobre la mesa impecable, un vaso de leche a medio consumir y a cada sorbo la cara apretada del licor amargo, aunque la leche solo era leche.

La luz entraba a borbotones por todas las ventanas, incluso las que daban a la calle, pues osé abrir sus postigos, aunque cuidando en mantener los velos para evitar ser visto.

—¿Leche? —le pregunté sonriendo. —Tómese una—.

Tomamos leche y brindamos, mirándonos a los ojos, percibiendo un eco lejano de rancheras en el aire. Nos la tomamos toda hasta que Gohard tuvo que irse a cenar y me quedé frente a la botella vacía, descifrando los acordes y las melodías de esas canciones escuchadas tantas veces a un volumen descomunal en las fiestas familiares. Quizás aquí habrían terminado por impregnar los muros, los muebles y los objetos de la casa.

La porcelana de la blanca mujer desnuda sobre un caballo parecía vibrar con vida propia y mis ojos se adaptaron de tal manera a la tamisada oscuridad que cual nictálope evolucionaba en el constante resplandor de mi recinto. Empezaba a ganarle la batalla al racionamiento eléctrico y mi hogar mutaba en un espacio ajeno a las leyes del tiempo y el espacio. Con mis vestidos inmaculados, la gomina en el pelo, irradiando frescura y pulcritud, mi casa palpitaba de malevaje y erotismo. Gohard parecía ajeno a esta aura. Cómo se reía cuando yo brindaba o me levantaba repentinamente y gesticulaba cual Antonio Aguilar quitándose el sombrero. Amigo leal, él también brindaba y se quitaba su sombrero de aire, pero el mío hacía ruido al volver a mi pelo, sin despeinarme, y las notas en tenor vibraban en mis cuerdas vocales aunque él no fuese consciente de la canción.

El viernes por la tarde le dije:

—Tráigase unas porcelanas.

Como no entendió, le traduje que sería buena idea invitar a Laura y a Sabrina a mi casa. Le indiqué guardar secretamente el destino a donde las llevaría, pero como él era un alma de Dios, ni ellas ni sus madres se iban a oponer si iban a jugar Tío Rico a la casa de un vecino. Pero antes le ordené que consiguiera unas buenas tenazas, porque ya era hora de romper esos dos candados que me impedían ser dueño y señor de mi casa; el de la reja de acero negro a la entrada de la propiedad y el de la puerta que desde la cocina debería dar al garaje.

Rompimos el candado de la reja principal con suma facilidad, ayudados por la corrosión y el óxido implantados en la materia. Crujió como un hueso partiéndose en dos, resguardados por el anonimato de la calle desierta a las siete de la noche. La ruptura del segundo candado la reservé para mí solo.

Mientras él iba a traer a las amigas yo me ocupé de preparar el lugar para recibirlas como era debido, instalando velas sobre las mesas y los alféizares de las ventanas clausuradas. La operación duró más de lo previsto y cuando me disponía a romper el segundo candado escuché las inconfundibles voces femeninas. Corrí hacia el sofá de la sala y me senté a esperarlas como un sultán en su trono. Me había empapado de colonia para la ocasión y todo el recinto emanaba una masculinidad que apenas si me pertenecía. Pero yo ya era otro desde hacía varios días. No sólo desde que, tiempo atrás, con Nicolai fuimos a comprar condones a la droguería y con mucho brío, la cabeza alta, se los pedía a la farmaceuta. Más bien desde que mi cuerpo expulsó por primera vez esa sustancia acerosa y vegetal, mi resina para solidificar como un guanábano.

Las dos entraron con el uniforme escolar, la falda a cuadros, las medias blancas, las rodillas rojizas y parte de los muslos a la vista. Los zapatos azules de suela lechosa, el saco de botones verdes sobre la blusa blanca. El saco de Laura revelaba el objeto de mis ensueños con fastuosa claridad, mientras que Sabrina, menuda y más chica, apenas comenzaba a dibujar la curva de sus senos en crecimiento.

No me puse en pie para recibirlas. Se quedaron mirándome congeladas, boquiabiertas, explorando con la vista el espacio que yo había dispuesto especialmente para ellas. No se sentaron inmediatamente y mientras recorrían la sala y la habitación, les explicaba que ahora vivía allí, independiente de mi familia por unas situaciones cuyas intrigas no les correspondía conocer. Cuando al fin se sentaron, Gohard trajo leche, torta de banano y una grabadora a pilas, y yo puse sobre la mesa el Sabelotodo Junior y las Pulgas Locas. Les gané en el primero, pero Laura era muy hábil en el segundo y no dejaba escapar ni una sola pulga de la cama vibrante.

—¿Y si jugamos a otra cosa? —propuso Sabrina.

—Ya casi nos tenemos que ir —dijo Laura—, ya casi vuelve la luz, en la casa me esperan.

—Ay... tan gallina —replicó Gohard—.

Yo no decía nada pero un anhelo en el abdomen me recordaba lo que quería, las miraba fijamente, me detenía en las cejas y las pestañas negras de Laura y todos mis músculos se estremecían. Entre los tres la convencimos de quedarse un poco más y aceptó sin conocer el juego propuesto por Sabrina. La duda se resolvió cuando me preguntó si tenía una botella. Claro que sí tenía una, la de whisky vacía conservada desde mi primera entrada a mi casa. La traje y la puse en la mesa de centro junto a la Manzana Postobón y las Super Ricas.

Y así jugamos a Pico Botella y Gohard tuvo que confesar que se hacía la paja desde hacía seis meses, Sabrina se atrevió a cantar *La pollera colorá*, yo hice los números del uno al diez con la cola, Laura declaró que la parte preferida de mi cuerpo eran los ojos y Gohard hizo cinco flexiones de pecho con Laura acostada debajo suyo.

Sabrina no quería irse aún. A pesar de ser la menor era la más osada y sus padres confiaban mucho en ella y en Gohard, y algunas veces la dejaban quedarse afuera, en la cuadra, hasta las diez de la noche, una hora impensable para mí, habituado a regresar máximo a las siete. Laura desde hacía mucho quería irse, iban a ser las nueve y media, y la última prueba la ruborizó, evidente incluso a la luz de las velas, pero no se atrevía a caminar sola las seis cuadras que nos separaban de su casa, así que se vio obligada a permanecer allí.

Yo empezaba a cansarme, a bostezar, y Sabrina dijo que para el cansancio nada mejor que la coca, la "perica", eso le había escuchado a su hermana mayor. Nos ilustró cómo se hacía y con el carné del colegio, cual una profesional, pintaba las rayas y se metió una larga. Todos la seguimos, luego nos llevamos la botella de whisky a los labios y, en la grabadora, cambié el casete de Guns n' Roses por Radio Recuerdos y el destino quizo que sonara *Billete verde*.

—Somos traquetos y nos persigue la ley —dijo Sabrina.

—Sí, y Edgardo y Laura son una pareja de narcos que hacen negocios en Perú y Bolivia —dijo Gohard, y Laura y yo nos miramos, y ella me picó el ojo.

—¡Soy una viuda! —dijo Laura dramáticamente—, a mi exmarido lo mataron por meterse donde no debía y con quien no debía.

Gohard me susurró al oído que Laura había terminado con su novio, era ella quien lo había decidido. Me aleteó un colibrí dentro del pecho.

—Menos mal le dejó esta herencia —dijo Sabrina, imaginando fajos de billetes, entregándonos a nosotros también nuestra parte por contar.

—¿Y cómo fue la boda nuestra? —pregunté con el pulso acelerado.

—Así —respondió Gohard y nos tomó a Laura y a mí, nos puso de pie, nos bendijo y sentenció: —Puede besar a la novia.

Laura cerró los ojos y ladeó la cara, expectante. La sangre en ebullición, su olor de lluvia y eucalipto, la embriaguez y la adrenalina producidas por los fluídos que recorrían mis arterias me hicieron sentir más vivo que nunca. El minúsculo contacto de mi boca con su boca, la leve apertura de la suya atrapando la mía, su respiración envolviendo mis mejillas, convirtieron mi casa en el paraíso, el jardín del Edén,

aunque sólo durase tres segundos.

—Ahora sí nos vamos —dijo Sabrina levantándose, tomando a Laura por el antebrazo.

—¡Nadie se mueva! —grité como un macho y le apunté a Laura en el corazón. Soltaron una carcajada y nos despedimos—. Los espero mañana a la misma hora —dije entre dientes—. ¡A la misma hora!

A la mañana siguiente abrí el segundo candado y pasé toda la tarde revolcando, organizando, ponderando e intentando dar sentido a lo que encontré en el garaje.

Mientras Gohard llegaba con las dos porcelanas yo me duchaba y me esmeraba por limpiar las secreciones que habían alcanzado la entrepierna del pantalón blanco. Pude haberme cambiado de ropa pero no hubiera tenido el mismo sentido. Me llené el cuello y el pecho de colonia, la que se encontraba desde antes en el baño, antes de que fuera mi casa. Pude haberme puesto mi propia colonia mas no hubiera tenido sentido. Tampoco hubiera sido sensato decir "amigas" en lugar de "porcelanas". Después de todo yo no era el mismo, había atravesado esa raya y me sabía otro.

Las voces femeninas me anunciaron el inicio de la velada. Se me puso la piel de gallina ante la idea de la cercanía de Laura. Laura olía a su conejito blanco y a tallos de canela. Como la noche estaba más nublada y varias velas se habían consumido, la penumbra era mayor y mi sentido olfativo se agudizaba. Percibí también los aromas de Sabrina y Gohard, olían a arequipe y a caballo mojado.

Las dos porcelanas se habían puesto el ajuar de fin de semana. Sabrina llevaba un vestido verde limón, ceñido al cuerpo, con unos chicles morados. Le colgaban un par de aros plateados de las orejas y sus labios relucían de brillantina. Laura lucía un bluyín y una camiseta roja, cubierta por un saco blanco y rosado. Las dos se habían peinado con el copete de Alf.

Se quedaron boquiabiertas al contemplar todo lo que había sobre la mesa de centro, Laura dio un sobresalto y empezó a retroceder, pero Sabrina la tomó del brazo y la llevó a sentarse junto a mí, a regañadientes. Gohard se quedó de pie en el umbral del salón. Tuve que ir a hablar con él y explicarle lo que esperaba de él esa noche. Finalmente se unió a nosotros.

En la grabadora sólo se escuchaba estática. La luz de la luna entraba por la ventana y nos bañaba a Laura y a mí, entremezclada con los destellos de las velas. Laura sacó indecisamente un casete de su bolsillo.

—Es de mi hermano. ¿Puedo ponerlo? —preguntó mi mujer mirando la mesa de

centro.

—Claro, está en su casa —respondió Gohard mirando la mesa de centro.

—Sí, póngalo —le dije, evitando mirar la mesa de centro.

Durante media hora cerramos los ojos, evitando mirar y mirarnos, escuchando el casete del hermano de Laura. La ciudad ardía a fuego lento, el asfalto, los carros palpitaban y una tensión eléctrica circulaba por su entramado de vidas hasta alcanzarnos en esas veladas de racionamiento iluminadas durante casi un año por cirios y veladoras como en cualquier pueblecito medieval de seis millones de habitantes.

Sentada junto a mí en el sofá Laura se fue adormeciendo y se dejó desganzar contra mi costado. Todo mi cuerpo entró en erección, cada célula, cada vello. Me convertí en estatua para contener el peso de mi mujer y fui su soporte, su colchón, su almohada. Con mi meñique le rozaba el dorso de la mano, le dibujaba nuestro futuro juntos, las líneas de la vida perdían su carácter críptico y me hacía yo, un yo a la medida de mi tiempo, sólido como un árbol de mamoncillo o un eucalipto bajo la tempestad, agitando las ramas por vientos arrasadores pero conservando siempre mi impasible frescura.

Ella debía presentir todo lo que mi alma ensanchada acumulaba, la sobredosis de ensoñación se posó en nosotros y los cuatro nos dormimos cubiertos por la cobija de la música y el deseo de crecer, de vivir nuestras vidas sin miedo, de salir a la calle de día o de noche sin esos alacranes en el pecho advirtiéndonos el acecho del peligro.

Mi mujer respiraba en mi regazo y terminó por descolgarse hasta recostarse sobre mis muslos, entregándome así la posibilidad de acariciar su cabeza, su espalda, su torso, su cintura... No puedo asegurar si estábamos dormidos o despiertos, pues la novedad de las sensaciones producidas por esos roces no me permitían comparaciones con estados físicos anteriores. Sin embargo la presencia de alguien que me habitaba y me poseía y sabía mucho más que yo, alguien mucho mayor y experimentado, le indicaba a mi mente, a mi corazón, lo que debía hacer. Era el yo de mi casa, el presente otorgado por esa casa mágica cuyo destino se ataba al mío inexorablemente.

Por primera vez mis dedos de niño se enmarañaban entre el pelo azabache de una muchacha, a pesar de que los dedos de mi casa conocieron toda suerte de cabelleras de todos los colores, texturas y aromas. Por primera vez rozaba la armadura de un brasier, los ligamentos y las costuras que atan las copas y recorren el arco superior de las costillas, y se expanden y contraen con cada respiración. Lo percibía por vez primera a través del saco y de la camiseta e imaginaba su tono beige como los de mi madre. Las manos de mi casa habían palpado las telas y los broches de brasieres de todo el cuadro cromático y los habían mordisqueado, arrancado y oteado en el piso junto a la cama.

La noche exudó mis más secretas mieles.

El clic del fin del casete nos extrajo de esa apacibilidad, abrimos los ojos y nos quedamos mirando perplejos a la mesa de centro.

—¿Y si jugamos a otra cosa? —propuso Sabrina.

—Ya casi nos tenemos que ir —dijo Laura—, ya casi vuelve la luz, en la casa me esperan.

—Ay... tan gallina —replicó Gohard—.

Yo empezaba a cansarme, a bostezar, y Sabrina dijo que para el cansancio nada mejor que la coca, la "perica", eso le había escuchado a su hermana mayor. Nos mostró cómo se hacía y con el carné del colegio creaba las rayas y se metió una larga. Todos la seguimos, luego nos llevamos la botella de whisky a los labios y, en la grabadora, cambié el casete de Alice in Chains por Radio Recuerdos y el destino quizo que sonara *Contrabando y traición*.

—Somos traquetos y nos persigue la ley —dijo Sabrina.

—Sí, y Edgardo y Laura son una pareja de narcos que hacen negocios en Perú y Bolivia —dijo Gohard, y Laura y yo nos miramos y ella me picó el ojo.

—¡¡Soy una viuda!! —exclamó Laura eufóricamente—, a mi exmarido lo mataron por meterse donde no debía y con quien no debía.

Gohard me susurró al oído que Laura había regresado con su novio, era ella quien había decidido. Un chulo me picoteó dentro del pecho.

—Menos mal le dejó esta herencia —dijo Sabrina, contando fajos de billetes, entregándonos a nosotros también nuestra parte por contar.

—¿Y cómo fue la boda nuestra? —pregunté con el pulso desbordado.

—Así —babeó Gohard y nos tomó a Laura y a mí, nos puso de pie, nos bendijo y sentenció: —Puede besar a la novia.

Laura cerró los ojos, se le desgonzó la cabeza y se desplomó contra la coca, la plata y el whisky que yo con tanto esmero había dispuesto en la mesita de centro, tras la ruptura del segundo candado. La botella de Buchanan's se quebró y una esquirla se le clavó en el labio inferior. La llama de la lámpara de gas mordió el borde de mi libro en el suelo y en tres segundos el fuego lo consumió; Gohard salvó la patria e impidió un incendio.

Su sangre en ebullición, el olor de alcohol y metal, la embriaguez y la adrenalina de los fluidos que recorrían nuestras arterias me hicieron sentir más vivo que nunca. La enorme distancia de mi boca con su boca, la leve apertura de la suya despidiéndose de la mía, su respiración exasperando mis mandíbulas, convirtieron mi casa en un infierno, aunque sólo durara tres segundos.

—Ahora sí nos vamos —gritó Sabrina dando un brinco, jalando a Laura por el antebrazo.

—¡¡Nadie se mueva!! —grité como un macho y le apunté a Laura en el corazón—. Se quedaron heladas. Gohard se abalanzó sobre mí y batallamos en el piso, forcejeando para apoderarse de mi Pietro Beretta. Su cuerpo delgado disimulaba la fortaleza de sus músculos y me dominó rápidamente, crucificándome contra el piso, atenazando mis muñecas, esforzándose en mi derecha, donde sostenía el arma. Su presión concluyó al escuchar el primer balazo y ver caer a Laura en el umbral de la sala. El vestido verde de Sabrina se salpicó de escarlata y nos quedamos los tres en

silencio, contemplando los espasmos de mi mujer en el piso, desangrándose a borbotones por el cuello.

El yo de mi casa me indicaba el paso siguiente: no podían quedar testigos. Ejecuté sin demoras la orden y luego, abatido, me puse a llorar como un niño de doce años, pero empaqué la plata y la coca y huí, corrí, corrí y huí, huí guiado por ese ímpetu que me había poseído, y llegaría a ciertas calles, a finos apartamentos y sencillas oficinas, reconocería ciertas gentes y cambiaría mis tenis por unos encharolados, dejaría mi Monark por una Burbuja, y treinta años después la huida continúa, permanezco agazapado, acechado, en perpetuo desarraigo, traqueteando, recordando.

ME PARECE QUE MI PADRE DIJO

Me parece que mi padre dijo

—cuando yo me muera

y me sentó a la mesa, él con cuaderno cuadriculado, yo con seis años. Quería decirme que debía

—cuando yo me muera

lo que él hacía.

No habla. La ventana abre al primer potrero. Al fondo el morichal, el río.

Escribe con lápiz rojo:

-T94 Parda cachona

-T81 Mestiza machorra

-T96 Holstein topa preñada

-T113 Blanca manchada cachona

-T90 Mestiza alazana (susurra 'es la mama de

—Corazón frente blanquita')

Yo dije 'no...' ladeando la cabeza, porque lo quiero. 'No quiero que se muera, pa.'
Él sonríe y sigue escribiendo en silencio.

El ordeño. Las cinco. Aire azul frío. Mi primo

–está grande nené
me lleva de la mano y vamos a ver a

–Corazón le puso Adolfo
atado débil al corral, con su seña blanca en la frente. Ayer al menos estaba en pie.
Hoy está tumbado. Debí

–cuando yo me muera
a ordeñar para darle leche. Le doy en la mano y me chupa los dedos.

En la noche me enfermo yo también, me golpeé la rodilla cuando estábamos
marcando. Mi papá me deja dormir con él y pienso con un nudo en el pecho en

–Corazón patas marrón

Amanece y me lleva

–está grande nené
al corral, le pregunto y me dice lo que ya sé. El becerro no amaneció. No digo
nada. Finjo que soy un hombre y

–cuando yo me muera
a esconder el llanto,
a esperar.

ROSA

La Chorrera.

Araracuara.

El río Caquetá.

Rosa.

Rosa, joven uitoto de 15 años.

Rosa, jovencita de ojos negros y pelo negrísimo y piel canela.

El destino la ha llevado hasta Florencia y allí conoce a una abuela.

La *abuela* habla con su hija -la *madre*- en Bogotá y Rosa se monta en un bus y en el terminal está esperándola la madre que va a tener a la *hija* y que ya tiene al *hijo* quien ha cumplido seis años.

El viaje ha sido alucinante. Rosa contempla todo silenciosamente, obnubilada por ese universo de símbolos y mensajes que ganan densidad en cada calle. La ciudad y su lenguaje abigarrado y demencial, líneas demarcadas, cifras en el aire, bestias urbanas. Y el aire fétido. Y el aire ocre.

La madre tiene veintidós años y ella también supo una vez lo que Rosa está sintiendo. Cree haber olvidado de dónde viene pero cada noche su río acude a ella y se ahoga en su agua buena. La hija que va a nacer presiente la inmundicia del agua y se resistirá al salir. Como el hijo que casi parece ahorcado con el cordón umbilical, se puso morado y finalmente lloró durante meses pidiendo agua y leche.

La casa es pequeña y sólo hay dos habitaciones. En una duermen la madre y el marido ausente. En la otra duermen Rosa y el hijo.

Cuando los meses pasan Rosa comienza a hablar. Su español es escaso y se avergüenza de su lengua. Para la madre, los primeros meses de Rosa significan esfuerzos idénticos a educar una nueva hija. Le enseña a hablar, a hacer oficio, a cocinar. El hijo le enseña palabras pero no aprende palabras de ella porque se avergüenza de su lengua.

Ella se avergüenza de su piel panela y de sus dientes afilados y de su olor a selva.

El hijo la quiere pero le avergüenza salir a la tienda con ella, es una india. Al hijo y a la madre les avergüenza decir que vienen ellos también de la selva, del Caquetá. Temen que les vayan a decir indios, campesinos, provincianos. Temen que se los trague la ciudad.

Entre 1941 y 1955 el profesor Richard Evans Schultes, profesor estadounidense cuya misión consistía en buscar árboles de caucho para reabastecer su país durante la Segunda Guerra Mundial, exploró tramos inauditos de la Amazonía colombiana. Tomó miles de fotos de las tierras, las plantas y las gentes. Y durante los años en que la Guerra Fría amenazaba con el Apocalipsis, el profesor Schultes alertó proféticamente sobre la destrucción de la selva y sus comunidades, sobre la enorme pérdida que significaría el saber ancestral de los chamanes, su relación con la tierra y su utilización de millares de plantas medicinales.

El profesor Schultes tomó fotos de los ancestros de Rosa.

El profesor Schultes no creía en indígenas hostiles, creía en dar gentileza para recibir gentileza.

Registró el petroglifo de Nyi, esa hermosa roca en donde un niño tucano posa su mano mirando a la cámara.

Atestiguó la ambición de los hombres por el caucho, depredadores cuya línea del tiempo se acaba en ellos mismos y no conciben que sus hijos, los hijos de sus hijos, beberán el agua, respirarán el aire y comerán las plantas y los animales de la tierra.

Se dice que el tiempo en el Amazonas no existe. ¿Será por eso que los Uitoto, los Tucano, los Cubeo, los Guanano... han establecido tan delicado equilibrio con su hábitat?

El joven vendedor de enciclopedias toca a la puerta y Rosa abre y lo hace seguir. Viene a cobrar la mensualidad de *El mundo de los niños* pero la madre no está. Insiste en conversar desde la puerta pero Rosa tiene miedo siempre. El joven tiene el cabello largo y tatuajes ocultos bajo la ropa. En la universidad estudia la poesía colombiana y en su familia le llaman loco. Mira a Rosa con interés y dice que vuelve mañana.

Mañana vuelve y la madre lo hace seguir y a ella le pregunta por Rosa. Se escucha el llanto de la hija y a Rosa que le murmura cantos extraños en el segundo piso de la casa. El hijo mira curioso al vendedor desde la escalera. La madre llama "¡Rosa!" y ella baja y va a la cocina y trae a la sala un vaso de agua. De agua fétida. De agua ocre. Y la hija sigue llorando en el segundo piso.

El mes siguiente, el vendedor de enciclopedias toca a la puerta y Rosa le entrega la plata. Él pone en su mano una fotografía y le pregunta si le resulta familiar. Ella pone sus ojos en los trazos sobre la piedra —aparentemente una lanza a punto de empalar

un animal— palpa el tallado sobre la gran roca —aparentemente un rostro en primer plano, como una máscara tribal— y acaricia el rostro del niño que viste su collar y únicamente lleva cubiertos sus genitales. De repente siente el agua briosa que desea romper las rocas, baila en círculos y se detiene ávida tras el accidentado paso. Siente la Chorrera. Pero no es la Chorrera. Sólo es la misma mirada del profesor Schultes, que fotografió el petroglifo Nyi en el Vaupés, a kilómetros de Araracuara y de la Chorrera, y Rosa se corta levemente el dedo contra la roca y comprende que es el mismo hombre que fotografió a sus ancestros, los que callaron el genocidio de la casa Arana a comienzos de siglo, los que soportaron la fiebre del caucho que depredó la selva y el alma de los hombres, los que maldijeron la fiebre de la coca que devoró el monte y la conciencia de los hombres.

Rosa calla y devuelve la fotografía y cierra la puerta. El vendedor la mete bajo la puerta.

El hijo creció y la hija creció, el *nieto* nació, a la madre se le ablandaron las manos y la abuela murió y la *bisabuela* llevaba ya años de muerta. La empleada doméstica se llama Rosa y es uitoto y cree en las yerbas para curar los males del alma, el cuerpo y el corazón. Se comienza a acostumar al aire y al agua de la ciudad y su voz se oxida. Cuando alguien se siente mal, Rosa va al mercado y compra sus yerbas y las mezcla y las combina, para que el corazón se cure, el cuerpo se alivie, el alma reflexione y comprenda. "¡Qué no haría con las yerbas de su pueblo!", le dice la madre tomando un brebaje para la artritis.

Rosa permanece joven en las fotografías familiares y el hijo se asombra al verse tan pequeño en el patio de la casa, junto a la hija y a un conejo blanco de manchas negras. Ha caído granizo y la hierba está blanca. Rosa sonríe y lleva un saco de lana. En el patio vivía una tortuga morrocoy traída por el marido ausente desde el Putumayo. En la foto no se ve porque vivía enterrada, pero cada mes resurgía reclamando comida, que la tierra pobre del patio no podía proveerle.

El hijo creció y estudia la poesía colombiana. Aprendió a amar los libros desde *El mundo de los niños*. Una sección estaba dedicada a los animales en vía de extinción. Lo obsesionaron el dodo y la anaconda jamás vuelta a ver y el jaguar desaparecido y lo llaman loco. Cada noche debe limpiarse la piel, los ojos y la nariz para deshacerse del hollín que la ciudad le impregna.

Estudia el *Popol Vuh* y el *Yuruparí*. E investigando sobre el yagé se topa con el libro *Plantas de los dioses* de Richard Evans Schultes. Se topa con la fotografía del petroglifo Nyi, la que guardó siendo un niño entre su enciclopedia al encontrarla bajo la puerta de la casa y comprende todo, cuando al palpar el papel su dedo se corta contra la roca.

Comprende que el petroglifo sigue ahí, hoy y por siempre, pero el niño tucano habrá envejecido o muerto. Que las plantas sagradas han sido arrasadas. Que las comunidades nativas han sido reducidas y desplazadas y violentadas. Que en Mitú se hayan sufrido oleadas de suicidios de jóvenes tucanos, desanos y cubeos, todos ellos ahorcados.

Y pasan más años, sentado en su carro, solo, en medio de un trancón mundial de millones de carros de gente sola, tosiendo el hollín, restregándose los ojos, escupiendo la manzana que le sabe a acero y bebiendo de mala gana el agua caliente embotellada, el hijo, ya profesor de universidad, recuerda a esos jóvenes de Mitú que procedieron de acuerdo con el rumbo de la selva, los árboles y el río. Procedieron de acuerdo con el rumbo de todas las cosas.

Él mismo comienza a tensar su corbata hasta ponerse morado pero el trancón avanza y en su casa están su esposa, su hija –la *nieta* que un día, quizás, va a dar a la luz a la *bisnieta*– y Rosa, quien limpia el hollín del cuello de la camisa y curará los males del alma, el corazón y el cuerpo mientras le queden yerbas y esperanzas y memoria.

Rosa, mujer de ojos negros y pelo negrísimo y piel canela.

Rosa, mujer uitoto de 70 años.

Richard Evans Schultes.

El río Piráparaná

El petroglifo Nyi.

BULTOS Y COSTALES

Dos hombres solos, rodeados de manigua, llanura y humedad. Una pequeña caseta con piso de tierra. Bultos y costales a lado y lado. Le llaman el campamento.

Esta historia debería durar tan solo los dos días en que estos dos hombres deben cuidar el cargamento. Cuando el avión venga a recogerlos —no a ellos, sino a esos bultos y a esos costales— la historia debería terminar.

Eran los años 80, los años 90. Dos jóvenes berracos, con el signo pesos en la frente. Decididos, tras intentar muchos oficios, a probar un atajo en el largo camino del trabajo, de la penosa y desagradecida trocha de forjarse un capital partiéndose el lomo como vaqueros o taxistas, cuando era posible participar en la coronación de un viaje y untarse de billete verde, como predicaba esa canción tan de moda en aquellos tiempos en el Caquetá.

Caquetá, Putumayo, Amazonas... Vichada, Arauca, Nariño... En fin...

Pero esa historia ya la conocemos todos.

Wilson comía arroz en la olleta caliente, se lo acababan de traer de la finca cercana. Eran los meses de junio y julio y el invierno azotaba imparable. Incluso cuando escampaba una fina llovizna continuaba cayendo y cegando la vista, suerte de nevada tropical, hasta que el río se engordaba y se desbordaba. En las noches, su placer era dormir envuelto en un viejo y mullido tapete vinotinto, haciendo caso omiso de la hamaca. Benjamín reposaba abrazado del termo de café en un chinchorro remendado con retazos de terlenca, abullonado de cobijas de algodón. Ambos se dejaban arrullar por el incesante traqueteo de la lluvia contra las tejas.

La comida se la llevaban diariamente los hijos del mayordomo de la finca. Mientras su mamá alistaba las loncheras se ponían el impermeable y alistaban las botas de caucho para la caminata de veinte minutos. Atravesar un potrero y un brete, cruzar un rústico puente de madera, subir una colina y allá junto al morichal encontrar el campamento. A diez minutos del campamento estaba la pista, recién raspada para la avioneta que recogería los bultos.

Un seis de enero un tío de Wilson había ido a pescar en esa misma finca. Cuando regresó, le colgaba del hombro un enorme costal. Todos lo vieron cruzar el potrero y Wilson, niño, preguntó qué era eso. Benjamín, adolescente, contestó "cocoroco". Ese día no picaron los pescados. Fue una pesca milagrosa, sin embargo, pues cuando los años pasaron el tío tuvo pescados de oro y cadenas de oro, Burbujas y porcelanas... Y todo comenzó así, un día en busca de sardinas y bocachicos en el río.

El cálido vapor de la comida reconfortaba las manos de los dos cuidanderos. Pollo guisado, arroz envuelto en hoja de plátano, yuca frita y aguadepanela con limón. A Benjamín le encantaba el café y le mandaban un termo lleno, dulce, de tinto arriero. Siempre le echaba media canequita de aguardiente que le calentaba desde el dedo gordo del pie hasta la punta de las orejas y lo volvía dicharachero.

¿Cuánto pueden hablar dos hombres solos confinados durante dos días? ¿Cuánto pueden callar? En estas páginas registramos destellos de lo que ambos callaron. Lo que dijeron se impregnó en los bultos que se ahogaron cuando la avioneta se precipitó al sobrevolar Port Nelson, a pocas millas de su destino en las Bahamas. Sus confesiones y secretos sólo lo saben las paredes del campamento devorado por la manigua. La madera se pudrió y la caseta colapsó, sin necesidad de relámpagos ni proyectiles, una madrugada de diciembre.

LA DORADA - PUERTO BOYACÁ

En Puerto Boyacá se come muy bien cuando se está viajando. A mí me gusta lo siguiente: madrugar en mi casa en Bogotá, a eso de las cuatro de la mañana, despertar a la mujer, a los hijos, bañarse con el radio escuchando noticias, ponerse la cachucha, tomarse un buen café con leche y pan, y meter las maletas en el carro.

La salida de Bogotá es sencilla a estas horas. Los semáforos se pueden irrespetar con mayor facilidad. Los celadores están en el último sueño o preparando café caliente para regresar a sus casas y dormir hasta el mediodía, antes de comenzar nuevamente su vigilancia nocturna.

Salimos por la calle 80, pasamos los primeros olores del mortecino río Bogotá y ya con la luz de hielo de la mañana nos encaminamos hacia el norte del país. El viaje apenas comienza...

Aproximadamente cuatro horas después, un poco menos, llegamos a La Dorada. El río Magdalena es enorme y marrón, puro barro y arcilla. Allí le pregunto a la mujer y a los hijos si tienen hambre o si prefieren esperar hasta Puerto Boyacá. Decidimos que vamos a hacer una esperita, así comemos con más gusto. Mi mujer, sin embargo, es precavida y saca yogures para los hijos y unos achiras para acompañar. Me da un achira sin preguntarme y adereza con un pico, y yo le pongo la mano en la pierna como respuesta. Estoy concentrado en el camino, en los ganados blancos y robustos que se crían en estas tierras buenas, generosas.

Una hora después llegamos a Puerto Boyacá. La valla de bienvenida dice: "Bienvenidos a Puerto Boyacá, tierra de paz y progreso, capital antisubversiva de Colombia". Reducimos la velocidad, pasamos un retén del ejército en donde nos piden los papeles del carro y nos desean buen viaje y vamos despacio, con las luces estacionarias activas, buscando un restaurante de carretera, de esos en donde se come al estilo camionero. Yo sé que hay uno excelente, pero algunos asuntos se me vienen a la mente y no es fácil traer a la memoria el nombre, ni las señas del lugar.

La mujer, con su instinto siempre efectivo, decide. Parqueamos, nos bajamos con el placer de estirar las piernas, los niños aún con el saco puesto que mi señora les ayuda a quitarse y respiramos la tierra caliente. Tan distinto el aire aquí del aire de Bogotá. Aquí el aire pesa pero huele sabroso, llena el cuerpo, carga las esencias del ganado vacuno, del arroz, del río y, sobre todo en este momento, los humos y aromas del restaurante.

Tenemos mesas y sillas rojas, y el perrito chandoso al lado, tranquilo, que aceptará lo que le demos –mi mujer siempre les da algún huesito-. Viene la mesera, bonita y morena, y toma el pedido. El desayuno es así: caldo de costilla –viene con arepa-, carne en bistec y aguadepanela, para mí. Caldo de costilla, huevos pericos –vienen con pan y como a mi mujer le gustan las arepas, pide también arepa- y café con leche, para mi señora. Tortilla de huevos, pan y jugo de mandarina para los niños. Claro está que la mamá les da unas cucharadas de caldo, pero ellos, como muchos niños, van a aprender a apreciarlo más cuando crezcan y se les afirme el gusto y el paladar.

Comemos bien. Yo como rápido y mi mujer también y apuramos a los niños, siempre rezagados, pero hay que tenerles paciencia. Comemos bien y nos sentimos plenos, llenos de esperanzas sobre este viaje, ya con más calor en la sangre, el deseo de ver el mar, de que los niños jueguen en el mar, de ir al Parque Tayrona, a Taganga, a Playa Blanca...

Mientras los niños terminan el desayuno y piden una cocaola para compartir entre ambos, voy al baño. Es raro encontrar instalaciones decentes y esta no es la excepción, aunque últimamente he notado mejorías en varios lugares. No hay lavamanos, sino que se usa la alberca, que da al patio del restaurante, en la parte trasera de la casa.

Puerto Boyacá.

Puerto Boyacá...

Siempre me acuerdo.

Durante todo el trayecto desde la Dorada, durante el desayuno, mientras me lavo las manos...

Hace unos años, cuando la niña aún no había nacido, trabajé en esta región. Mi señora y el niño ya vivían en Bogotá y yo iba cada mes o cada dos meses a verlos.

Eran tiempos más calientes.

Eran las once de la noche.

Cerca de Puerto Boyacá nos tomamos unos tragos con unos amigos en una finca.

Recibí una llamada del patrón. Era imperioso, indispensable que fuera a la Dorada en ese momento. Un asunto muy urgente. Él y yo sabíamos lo que eso significaba.

¿Cómo llegar con el toque de queda paramilitar? Imposible circular si lo dicen los paracos. Esa gente es la que manda.

Pero el patrón me confirmó que el asunto que nos concernía era gravísimo.

Había que ir.

Uno de mis amigos, el dueño de la finca, fue a la nevera y sacó media de aguardiente y me la puso en las manos. "Tranquilo mijo que no es sino media hora de camino. Usted no vaya a parar pero ni por el putas."

Me despedí, prendido y acalorado.

En aquel tiempo tenía una camioneta de carrocería en madera, cabina para dos personas y un radio poderoso. Y aire acondicionado.

En el portón de la finca, que daba a la autopista, busqué ayuda: un disco de Lupe y Polo. Subí los vidrios y le metí máquina: "Rosa Roja, ay que chula estás quedando. Fuiste mía y no te puedo olvidar, sólo que otro te viniera a perfumar. Rosa Roja, no me vayas a abandonar..."

Y de un solo sorbo me mandé media media.

Y hágale.

A ciento cuarenta por esa carretera. La carrocería traqueaba.

A medio camino la media restante de guaro y seguía helado.

Ni un alma a orillas del camino.

Ni un solo ser.

Se respetaba con toda el toque de queda.

Paracos hijueputas.

Se respetaba bien la ley.

Rosa Roja.

Desapareciendo a la gente.

Rosa Roja, no me vayas a abandonar.

Torturando a la gente.

Rosa Roja, marchitada por el sol.

Matando con motosierras.

Rosa Roja, perfumarás mi amor.

Picando en trozos a la gente.

Rosa Roja, eres ingrata.

Quién se le mide a desobedecer.

Rosa Roja.

Llegué a La Dorada a las doce.

Con el patrón nos pusimos manos a la obra a resolver el asunto urgente. ¡Un asunto muy grave!

Manos a la obra.

Las manos...

Las manos limpias...

Tengo las manos bien limpias y regreso con la familia. Ya están listos y ellos también van al baño mientras yo pago la cuenta.

De vuelta al carro, con energías renovadas, ponemos vallenatos y seguimos contentos y silenciosos hacia el norte. Aún nos aguardan doce horas de camino. Pero pasaremos la noche en Aguachica, para hacer más suave el trayecto.

No tenemos afán.

CENIZO

Esta madrugada ya no me dejaron ver al potro enfermo. Yo le había puesto "Cenizo". Así me dijo Diana que le quedaría bonito por el color del pelo, tan gris que ya parecía viejo aunque era apenas un potro, no chiquito como los recién nacidos tan parecidos a los hijos de las gacelas que he visto en la televisión, sino ya mediano, más o menos tan alto como el compañero de más edad de mi clase, aunque yo me imagino que ya ahora en cuarto habrá más grandes, sobre todo porque el colegio es sólo de hombres y seguro que son más berracos, porque esas niñas ya me tenían aburrido allá en el otro. Pero bueno, yo siempre me lo pasaba jugando con ellas porque el fútbol nunca me ha gustado.

El pobre Cenizo y ese roto en el pecho, un roto de verdad, me daba miedo vérselo, qué tal y le viera el corazón o el alma allá escondida. Lo más raro es que no parecía enfermo de no ser por el roto en el pecho. Yo le pregunté a mi papá y él me dijo que por allí le inyectaban la medicina pero se le inconó y por eso se le agrandó tanto. Uno podía meter los dedos allí. Mi papá y mi tío Laureano un dedo, el índice, pero yo dos o sólo el dedo gordo. Claro que nunca me atreví porque yo siempre veía a Cenizo desde la baranda y sólo lo acaricié por primera vez hace unos días, mientras mi papá me dijo por la tarde que lo acompañara, que tenía que aprender de todo eso para cuando él se muriera.

Yo no quiero que él se muera nunca y se le dije aunque no se lo dije: mientras él le daba caña al potro yo me abracé de su cintura y me dieron unas ganas horribles de llorar, ya no sabía bien si por él o por Cenizo, de pronto por los dos. Claro que ahora me doy cuenta, era por los dos y por eso fueron tantas las ganas. El me sobó la cabeza, casi como cuando mi mamá me arropa por las noches y me hace un gorrito con la almohada y la cobija, pero no tan caliente ni tan suave. Él tiene las manos ásperas y a mi mamá ya se le han ablandado, me imagino que será la ciudad mientras que él sigue por aquí y yo creo que este calor y esta tierra tan dura le vuelven a uno las manos una nada. Nomás anoche cuando fuimos a sacar carnada para pescar con Diana y yo deshacía terrones buscando las lombrices más gordas, ella metía la pala y casi me da en la mano. Todavía me acuerdo cómo mandó con tanta fuerza la pala y me da miedo pensar que hubiera quedado manco. Por supuesto yo ya sé que a uno no le vuelven a crecer, no me importa si ella dijo "serio, hasta los diez crecen y usted todavía no tiene diez". No le creo de a mucho, le creo más a Meri, ella es más chistosa y sabe más porque ya tiene doce mientras que Diana apenas once.

Me hace falta mi mamá y le dije anoche a mi papá. Me respondió que entonces para qué me venía con él para acá, si me iba a aburrir mejor quedarme en Bogotá y así todos más tranquilos. Él que se ponía a invitar a Diana para que me acompañara y allá en la tienda mi tío la necesitaba, si no iba a ser hombrecito mejor no volviera a Florencia y mucho menos a la finca, a mí que me gusta tanto la finca, sobre todo ahora en verano porque sí puedo ayudar y me monto en La Poni sin miedo, porque en invierno es duro y nunca para de llover. Y como La Poni es tan pequeña el agua le da hasta las narices y va y se ahoga, pero en verano es distinto. Incluso la semana pasada ayudé a remar la canoa desde el otro lado del río y mi papá me dijo que ya servía para el trabajo, me puse tan contento, me hice el serio y miraba igual a como él mira el río, con esa cosa en sus ojos, como en una película que vi en donde el capitán del barco mira el mar buscando lejos una ballena blanca y a uno le da un vacío en el estómago. No sé si me habrá salido tan bien. De pronto si hubiera estado Meri para que me dijera si me veía como un señor o no, pero yo creo que no después de lo que mi papá me dijo anoche. De pronto es que ya me acostumbé mucho a jugar Atari y a escuchar discos mientras que aquí sólo prenden la planta por las noches y el resto del día es trabajando y de pronto una revista, de Condorito o de sopas de letras, no hay mucho más por hacer.

Lo más chévere fue el Año Nuevo porque vinieron unos primos y jugamos a las escondidas hasta que ya no se pudo ver más. Cogimos sapos en los canales y los atravesamos con palitos –yo no fui capaz pero mi prima Liliana sí– y mi primo Gordo me enseñó a quemar una cajita de fósforos de un solo totazo: uno pone un fósforo afuera como si fuera mecha, lo prende y lo deja allí quieto todo, se hace lejos y luego ve cómo todo eso se consume rápido. Lástima que se acabe tan pronto. Me ponía a pensar que era un desperdicio y él decía que no costaban sino diez pesos, pero a mí me seguía pareciendo una bobada. Claro que valía la pena cuando le poníamos un sapo encima y el sapo se quemaba.

Soñé con sapos hace tres noches, me dio miedo y la verdad es que me oriné en la cama, hacía años que no me pasaba. Me asusté tanto del sapo y también soñé con la novilla que mataron el primero de enero, para el asado, la vi desde la baranda, mi tío Laureano todo amanecido y oliendo a aguardiente dijo con el cuchillo en la mano "vamos a quitarle la camisa a esa hijueputa" y me dio tanto pesar, yo no quiero ser grosero como él ni quitarle ninguna camisa a nadie, menos a la novilla que llevaba amarrada en el corral desde el treinta de diciembre. Yo iba allá con Meri para cogerle las orejas y darle consuelo, eso sí, ya sabíamos que la iban a matar pero una cosa es saber y otra es ir y ver a mi tío Laureano afilando el cuchillo, con esas manos tan grandes, con el poncho sudado en el hombro y diciéndome "cierto Nachito que usted es un berraco" y yo "sí tío", pero no tan berraco, no como el treinta y uno por la tarde que ensilló el caballo de él y me quería ver montar. Yo le dije que sólo en La Poni pero él me llevó despacito hasta las pesebreras, me dio un aguardiente y casi me vomito, y me montó en el caballo, pero como vio que yo me puse a llorar a gritos entonces me bajó y me dijo "fresco Nachito, yo sé que usted va a ser berraco un día", todo baboso de lo borracho, con los ojos azules vidriosos y rojos; llevaba tomando desde el veinticuatro y vino a hacer alboroto. Yo y todos los niños estábamos cansados, menos mal mi mamá no estaba porque ella hubiera armado escándalo y no hubiera dejado tomar tanto, pero entonces quién sabe mi papá qué hubiera hecho.

De pronto le hubiera hecho lo mismo que le hizo mi tío a la novilla. Fue mucha la cantidad de sangre que salió. Desde la baranda miraba como si me hubieran hipnotizado y Meri me agarraba duro la mano y me decía que no mirara eso más

porque fijo soñaba y fijo pasó. Por la noche casi no me puedo dormir. Menos mal que esta noche no estaban tomando y ya habían parado las rancheras y la bulla. Sin embargo fueron dos días de trago y yo odio todo eso y me trasnocho de la piedra, pero al fin me entró el cansancio y fue peor porque se me apareció la novilla partida en dos. Yo nada más veía la mitad del cuerpo, la cabeza y las patas de adelante, y me perseguía desde la casa hasta el río. Yo corría por esa vereda y en el río no tenía más para dónde ir, la novilla se me venía encima toda llena de sangre, chorreando las tripas por detrás y yo me metía al río lleno de sapos, cómo no se va a orinar uno.

Escondí los calzoncillos. Igual mi papá los encontró después y me preguntó si estaba enfermo, le dije que no, le conté el sueño y me dejó dormir en la cama con él esa noche. Estuve más tranquilo y nos despertamos temprano, más temprano que de costumbre, a las tres y media, me dijo que siguiera durmiendo y le dije "yo quiero ir, papi", pero me dijo "duérmase" muy serio y con eso me bastó. No a Diana que dormía en la pieza de al lado y me dijo que fuéramos a ver qué pasaba, ella había escuchado un motor y le daba miedo que fuera la guerrilla pasando por ahí. Yo le dije que no fuera boba, para eso mi papá les pagaba, para que no nos molestaran y ella "usted no sabe es nada, mijito".

Yo le tengo miedo a la guerrilla, les tengo tanto miedo como a la novilla de mi sueño, me parece que me van a perseguir lo mismo, sobre todo después de que mi primo me contó que él estaba con mi abuelo en Milán y sonaban los totazos y las metralletas, él debajo de la cama y mi abuelo casi se muere del corazón. Eso salió en las noticias, la única vez que salió el pueblo en la televisión. Yo no sabía si estar contento de verlo allí o estar triste por como lo habían dejado. Mi primo me dijo que era muy duro y por eso se fueron a vivir a Florencia, sin embargo en la finca no molestaban y mi papá me explicó que ellos no molestan a todos y hasta tenía una carta en la que le decían "Compañero Ganadero" hecha a máquina.

La cosa es que les tengo miedo de cualquier forma y por eso le dije a Diana que fuéramos a ver lo qué pasaba, pero que despertáramos a Meri por si acaso pasaba algo malo. Yo pensaba en Meri y también soñaba con ella. Una noche soñé con lo que me mostró en el corral, lo que tiene entre las piernas, más raro, yo pensaba que era más liso y me dejó tocarle un poquito, me olían las manos a las sardinas que pescábamos por las tardes.

Una tarde de pesca fue cuando vimos llegar a Cenizo, estábamos los tres con Meri y Diana y venían mi papá y mi tío Laureano con el potro amarrado, el roto en el pecho y Diana dijo que parecía lleno de ceniza, por eso lo bautizamos así y dijimos que estaba muy bonito y lo queríamos para montar nosotros y nadie más. Mi papá no quiso porque el potro estaba enfermo y nos mostró el roto bien clarito, yo creía que era un lunar y mentiras, un roto. Meri casi se pone a llorar del susto y buscó a su papá pero estaba trabajando con el tractor, alisando una carretera para ver si por fin íbamos a poder llegar por tierra a la finca, sería más práctico que llegar por deslizador, no tocaría descargar las cosas dos veces sino una vez, al menos eso decía el papá de Meri y se esmeraba mucho aplanando la carretera. Yo lo vi venir desde la carretera principal y luego lo vi casi todos los días en la misma parte, en una meseta plana y larga, allá le daba y le daba hasta dejar eso casi como una pista, yo me imaginaba que allí fácilmente podría aterrizar un avión. Era bien lindo y grande, por las tardes, cuando el tractor se quedaba quieto y nos montábamos yo en La Poni y Meri en la Yegua Amarilla, nos íbamos para allá, como a quince minutos de la casa y corríamos haciendo como aviones hasta quedar cansados, luego yo le decía que me

mostrara otra vez lo del otro día pero ella ya decía que no más, que de pronto en Florencia cuando volviéramos o cuando fuera más grande, tan boba...

Yo sólo sé que allí cerquita estaba mi primo Wilson en una casita de lata más chiquita que mi pieza de Bogotá. Estaba él y otro primo, yo nunca lo había visto y se llamaba Benjamín, de unos veinte años por ahí y llevaban varios días allí metidos. Se lo pasaban todo el día allí con ese calor y también con el frío que hizo cuando llovió, el seis de enero, me parece, cuando me fui con Meri y con Adolfo, el hijo del mayordomo, a llevarles la comida. No le dije nada a mi papá, de todas formas él estaba en el otro lado del río y me había dicho que allá el ganado era más bravo. Yo sé que sí porque una vez fui y allá engordan a los novillos más grandes y se ponen bravos cuando los toreadan, no hay techo en el corral y tampoco casa. La verdad es que prefiero este lado del río, en donde sí hay tres casas, la de nosotros, la del mayordomo y esa de lata que no se ve desde aquí pero uno llega caminando en media hora o menos, se pasan dos puentes de palo y listo. Hasta me gustó esa tarde en que llovió y me mojé todo, me oriné otra vez pero ahora de pura pereza. No quería que Adolfo me dejara atrás ni que Meri me fuera a ver, total estaba tan mojado, no me daría cuenta ni yo, pero estaba caliente y salió humo, parecido al humo de la olla que yo llevaba, la más pequeña, la de Meri la mediana y Adolfo una más grande llena de arroz para mis dos primos.

Allá nos sentamos a hablar. Wilson me decía "¿qué más Nené?" y era la única persona que me decía así, yo creo también la única que me gustaba que me lo dijera porque tenía la voz ronquita y me hacía quererlo, no importa si sólo lo veía de vez en cuando, sólo si yo iba a la finca porque él nunca había ido a Bogotá. Menos mal porque las manos se le ablandarían y él tenía las manos más grandes y duras que yo jamás hubiera visto, unas manos de viejo en un cuerpo de muchacho. De mi primo Benjamín sí no me acuerdo bien porque estaba durmiendo en la hamaca, encima de unos bultos de coco rallado, eso fue lo que me dijeron, los mismos bultos que vimos en la madrugada el otro día, a mí me dio risa y a Meri también y cuando nos devolvimos los dos solos, porque Adolfo se fue a ayudar con el tractor, ella me dijo:

"¿Se acuerda, Nachito, del año pasado, cuando estábamos almorzando todos en la casa, que cayó ese aguacero, sí, en vacaciones de mitad de año? ¿Se acuerda? Fue la vez que el papá de Diana mató a la torcacita allá en la palma, pero que no se murió, sino que le quedaron todos los sesos por fuera y yo me puse a llorar muchísimo. Bueno, pues ese día del aguacero, como una semana después de la muerte de la torcaza, el papá de Diana cruzó el potrero de atrás de la casa, desde el río hasta las pesebreras, con un bulto bien amarrado al hombro. Se lo encontró en unos guaduales cuando fue a pescar. Yo le pregunté a Adolfo y él me dijo que eso era cocoroco, a mí me dio risa porque me acordé de esa canción que dice "corocoro se murió tu mamá", ¿se acuerda? Pero yo pregunté después en Florencia y me dijeron lo que era el cocoroco y es lo mismo que hay en esa casita de lata, un bulto tenía un rotico y yo lo vi, también es que nos creen bobos. Y sí ve que el papá de Diana montó esa tienda bien surtida allá en Milán..."

Yo la verdad es que no sé. Si Wilson dice que es coco rallado tendrá razón, es más grande que Meri y ella anda rara desde que la otra noche estábamos acostados y yo le toqué al frente, para ver si tenía igual que mi mamá pero eran más pequeñitas. Ella me dijo que un asunto era si ella quería mostrarme, pero ahora andaba enamorada y todo eso le pertenecía al novio. Yo me imagino que a Adolfo porque quién más tan rápido, él es el único berraco allí, tiene catorce años y parece todo un hombre,

cuidaba a Cenizo y le inyectaba la medicina en ese roto. Ayudaba a cargar de todo, hasta los bultos de esa madrugada cuando rallamos panela y limón en unas tazas para hacer mielmesabe y nos fuimos al corral escondidos. Si nos veía mi papá, mi tío Laureano o el papá de Meri, les decíamos que estábamos esperando el ordeño para llenar las tazas o que el Pollo Malo nos había asustado. Eso es de verdad, ese pollo que pía y pía y entre más lejos suena es porque está más cerca y al revés. Pero no fue necesario, nos subimos al limonero del corral y desde allí vimos una canoa cargada de bultos y en un momentico entre todos desaparecieron eso y me imagino que lo llevaron hasta la casita de lata. Claro que no fuimos tan lejos porque Cenizo andaba por allí, la madrugada estaba azul y los ojos se le veían plateados. Era una madrugada rara, como si flotara pólvora en el aire. Cenizo débil, se le podía ver, la canoa alejándose y el brrrrrr del motor cada vez más lejos. Meri y Diana endulzándose los dedos de panela y yo acariciándole la cabeza a Cenizo otra vez, ahora se dejaba de lo cansado y lo triste que debía estar, lleno de gusanos en ese roto, yo miraba curioso y me entraba miedo de verle algo prohibido.

Esta madrugada no me dejaron ver a Cenizo, mi papá me dijo "se murió" y me entró algo, igual que cuando en Bogotá compramos ese pollito de colores en la plaza con mi mamá y lo cuidamos mucho, tanto que ella lo sacó de la cajita y se lo puso en el pecho. Yo me fui al colegio y el pollito en mi cabeza todo el día, me acordaba del pollito y de mi mamá, no me podía concentrar en clase y al volver ya no estaba. "Se murió" dijo ella, igualitos, y me fui corriendo a buscar a Meri para llorarle en el pecho, no la encontré y me tocó llorarle a Diana aunque no era lo mismo, el olor de Meri me gustaba más, yo creo que estaba enamorado de ella.

Meri me ayudó a empacar la maleta, desayunamos mucho, arepas y carne frita, chocolate, y nos fuimos a despedirnos del limonero del corral y de la otra Meri, la esposa del mayordomo. No había nadie más en la casa, sólo mi papá, Diana y yo, los demás ni idea. Le pregunté "papi, ¿mi tío Laureano?", "se fue a hacer unas vueltas", respondió y Meri se fue con el papá, no me di cuenta a qué horas, qué guayabo. Nos quedamos los tres junto al deslizador, con las maletas ya dentro, todos listos. Mi papá me puso el sombrero y me dio la mano, Diana al lado mío y vimos una avioneta pasar bajito, bajito, tanto que yo creo aterrizó en donde íbamos a jugar con Meri. Entonces nos montamos al deslizador y mi papá, Diana y yo nos fuimos rapidísimo río arriba. Mi papá maneja muy bien el bote y yo quiero que algún día me deje manejar y ser un berraco, para llevar a Meri hasta Milán a comer raspado y también a Cenizo, si no se hubiera muerto el pobre.

ORIÓN

Una silueta apareció junto a la piscina: una joven encinta de trenzas azabaches. Se sentó con los pies en el agua y su mirada brilló hacia el cielo. Otra silueta apareció junto a la piscina: el hijo del patrón, hábil con la mano y la palabra, se sentó junto a la joven esposa del mayordomo y ambos miraron el cielo concientes del magnetismo entre sus pieles.

Miguel, el mayordomo, los miraba desde la cerca recostado en el alambrado. Finalmente consiguió un bus desde Espinal, a pesar de haber llamado a su mujer para avisarle que esa noche dormiría donde sus hermanos. Miguel los veía pero no podía escucharlos. Se limitaba a escrutar entre los mangos y los guásimos, a detectar cada mínimo movimiento de la pareja junto a la piscina.

El hijo del patrón le contaba a la joven sobre la constelación de Orión. "Esa hilera larga es el escudo, esa estrella es la cabeza y ese es el cinturón" y acompañaba cada explicación posando su mano en ella. Dejó su brazo tras la cintura, su mano ondulando hacia la cadera, adivinando bajo el tul del vestido la ligadura de los calzones de algodón. Miguel retuvo un espasmo que lo alentaba a levantarse. Y entonces miró al cielo, siguiendo el hilo invisible de los ojos de su señora hacia lo alto y sin que nadie, nunca, se la hubiera enseñado, identificó claramente la constelación de Orión. Vio a ese guerrero con sublime claridad, el guerrero le devolvió la mirada y su fuerza milenaria visitó el espíritu del muchacho. Y leía los labios del hijo del patrón y murmuraba: "Be... lla... trix...". Agachando la cabeza el mayordomo susurraba: "Min... ta... ka...". Con los ojos hacia el cielo entonaba: "Rigel", "Saiph", "Alnitak".

¡Entonces habría una batalla en la tierra!

Miguel se abalanzó con el machete en lo alto dirigiéndose impávido hacia la piscina donde la pareja se besaba.

CONSUELO

Consuelo llega los lunes, miércoles y viernes a la casa del norte de Bogotá en donde trabaja desde hace varios años. Trabaja para una familia que proviene del mismo lugar de ella, del Caquetá. En esencia, todos los trabajos que ha tenido en Bogotá, como empleada doméstica, han sido con conocidos de la familia que la recibió cuando tenía catorce años, caqueteños ellos también. En parte, este círculo cerrado de familias caqueteñas le han ofrecido el trabajo a Consuelo porque se sabe que es de confianza y también, en parte, porque ella es una indocumentada. Pero no una indocumentada como lo es un inmigrante ilegal, sino una indocumentada absoluta: no tiene cédula de ciudadanía y no ha sido registrada nunca. Tuvo una partida de bautismo que debe estar hecha ceniza en Puerto Rico, Caquetá, debido a una toma guerrillera que se llevó la iglesia por delante. Aunque la dueña de la casa en donde trabaja estos tres días de la semana ha intentado ayudarle a conseguir la cédula, para así vincularla a un seguro médico, Consuelo no ha puesto mucho interés; muy probablemente porque teme escribir su firma, a pesar de haber practicado bastante, o porque siente que a sus 33 años ya no vale la pena ponerse en tantos trámites.

Desde que llega por la mañana está sonriente y se cambia su vistosa ropa. Tiene el pelo rojo, los ojos grandes, es delgada y agraciada. Se preocupa mucho por su apariencia personal y por la limpieza. Últimamente se queja de las venas várices que le están acechando las piernas y explica que son producto de los tacones. Como ella vive en el barrio Santandercito, más al norte de la casa en donde trabajaba con esta misma familia —y no por ello su barrio es de mayor estrato—, durante varios años se iba caminando desde su casa hasta el trabajo; utilizaba la ciclorruta. Consuelo cuenta que le encantaba esa caminata, era "mejor que ir al gimnasio" y de paso se ahorrraba lo del bus. "Uno hay veces no se cuida", cuenta, volviendo al tema de las várices y los tacones. Porque asegura que los tacones le ocasionaron esas várices que la hacen temer: "a una amiga de mi mamá le tuvieron que mochar la piernita. No ve que eso son unas pelotas grandes como tapones", e ilustra con sus dedos. De paso, da una receta para curar las várices, aunque ella no se atreve a hacerla, ni se encuentra ya en un lugar propicio para realizarlas: "mi papá cogía vivas las culebras. Las metía vivas a un frasco con alcohol y allí las dejaba. Después le sobaba las piernas a mi mamá con esas culebras. Si viera ahora las piernas de mi mamá, están sanitas, a pesar de que ya es de edad." Como ella les tiene pavor a las culebras, no pasará por esa cura. Su opción será visitar un médico naturista, además de haber renunciado a los tacones y, por obligación, dada la nueva ubicación de la casa, a las caminatas.

Desde que llega hasta que se va, la grabadora está sonando. Por estos días es *La Vallenata*, emisora que ha decidido combinar el vallenato con la ranchera, los norteños, la carrilera... Consuelo es una verdadera conocedora de estos géneros y habla con propiedad sobre los artistas. "Johnny Rivera es un papacito". Cuando algún miembro de la casa tiene dudas sobre algún vallenato viejo, no es más que ir a la cocina y preguntarle a Consuelo, quien no solo le dirá el nombre, sino que de gusto le cantará la canción completa, si no fuera tímida para cosas como estas. Al final del día, sin embargo, se escucha a muy alto volumen el rosario en *El Minuto de Dios*, que ella reza mientras termina de planchar o mientras se está cambiando nuevamente de ropa, maquillándose y peinándose. Ella espera el rosario aunque sea más tarde de las cinco. Suele irse a las seis o seis y treinta. Vive sola y aunque tiene muchos amigos en el barrio, no tiene mucho por hacer cuando sale de trabajar. "Para qué me voy tan temprano...", comenta, sin que ello signifique que sea una adicta al trabajo. Más bien revela que se siente a gusto en la casa, pues hace mucho que no es tratada como una empleada, sino como un miembro más de la familia y puede hablar con libertad y contar todo lo que hace y anhela. Además, hay un incentivo adicional: una perrita peluda, café, de ojos brillantes, que la acompaña todo el día y a quien adora perdidamente.

En la habitación de su casa tiene muchos peluches, todos en la bolsa original en las que se los regalaron. Nunca ha tenido, sin embargo, un perro propio. Alguna vez iba a tener un hijo pero su embarazo se complicó y sufrió un aborto. Ella quería el bebé y lamentó perderlo. Desde esa época, lo más parecido que tiene a una familia son las tres o cuatro casas en donde trabaja regularmente y que ella aprecia y en donde también la estiman, aunque no se le ofrezca estabilidad o seguridad laboral alguna. Su familia de sangre ha menguado con los años. A su padre lo mataron, al igual que a dos hermanos. Uno murió siendo guerrillero de las Farc. Dos hermanas están "por ahí", quizás en Cali, de donde es su mamá, quizás en Florencia o en el Paujil, el pueblo donde vive la señora. Hace poco estuvo visitando a su madre, quien estaba enferma. Regresó rápidamente y se alegró de estar de vuelta en Bogotá. No le gustan ya el calor ni la provincia.

Al llegar lava los platos que se han acumulado, prepara café y pone a descongelar carne o pollo para el almuerzo. Suele llegar sin hambre en las mañanas, se queja de que ha perdido el apetito y de que está enferma, entonces toma algunas vitaminas o sigue consejos que escucha en cualquier parte. Lo último fue el ají. Un sábado estaba almorzando en un restaurante cerca de su casa y vio en el noticiero que el ají es altamente benéfico para el cuerpo. Antes criticaba a quienes comían ají en grandes cantidades, pues decía que era malo para la úlcera y la gastritis y el estómago en general, además de que daba mal genio y ella ya era suficientemente brava. Pero luego de ver la noticia y comer ají hasta quemarse la lengua, se ha curado de gripa, el apetito ha regresado, tiene más energía y entusiasmo. Y lo recomienda al dueño de casa para curarlo de una tos que lo aqueja.

Hoy decide prepararse unos huevos revueltos con salchicha y tomate. Los acompaña con galletas. Si el hijo de la casa anda por ahí se sientan los dos a desayunar y ella le cuenta lo que ha hecho recientemente. "¿Cómo quedaron los huevos?" pregunta siempre. Pues es muy buena cocinera y está orgullosa de serlo. Sabe preparar el sancocho al estilo caqueteño y también recetas que los años y las casas le han enseñado. No se puede decir que haya aprendido de ningún libro de cocina, pues no sabe leer, aunque ese es un tema sobre el cual ella guarda silencio. Se esmera mucho en la cocina y por ello dura horas haciendo sus recetas. La dueña de

casa se molesta por esto y por algunas mañanas como llevarse en tarritos extractos de sus finos perfumes, algo que no tras haber sido descubierta.

Va a preparar una torta de acelgas con zanahoria, queso y atún. Hace poco llamó a una amiga y le explicaron los pasos y los ingredientes. Le queda verdaderamente deliciosa. "Don Julio me dice que debería ponerme un restaurante. 'Consuelo', me dice, 'si me llega a ir bien, yo le ayudo', todo divino él, pero yo no me he animado". Don Julio es el padre de la familia que la recibió por primera vez en Bogotá, cuando era una adolescente, para que cuidara a los niños y se encargara de la casa. Esa sigue siendo la familia que más la cuida y la ayuda, y no vive con ellos porque no lo desea y prefiere la independencia del arriendo, aunque eso signifique no tener absolutamente nada ahorrado y vivir día a día en cuestiones de dinero, o peor, con deudas.

En su barrio está en contacto con muchos paramilitares de Boyacá, gente cercana a las minas de Muzo, que en ocasiones le han hecho propuestas de dinero fácil. Dice no haber aceptado. "Una vez me iban a dar \$300.000 por coquetearle a un señor y llevarlo para una parte en donde lo iban a matar. Pero yo prefiero tener la conciencia limpia." Lo más cercano a una conciencia manchada fue una prohibición policial para acercarse a una vecina suya, a quien agarró "de las mechas" y planeaba "mandarle dos gamines para que la levantaran a esa malparida". Celos. La vecina se largó.

También por celos ha vivido un trágico episodio reciente, cosas de hombres —ella los colecciona—. Su novio, Aníbal, mató a un muchacho por bailar con ella. Al muchacho ella simplemente le aceptó una pieza de baile y Aníbal borracho buscó pleitos y terminó apuñalándolo varias veces. Estuvo prófugo durante algún tiempo. Consuelo cuenta que lo veían por ahí, por el barrio, y que la había mandado a llamar. Luego, que estaba en un barrio del sur de Bogotá, después, en Pacho, Cundinamarca y lo más reciente, preso en Zipaquirá. "Lástima Aníbal..." Estaba realmente enamorada de él. Se resistió a creer en la muerte del muchacho y la explicación era muy simple: "Usted ha visto que en los barrios populares siempre ponen anuncios, afiches, cuando alguien se muere. Pues a él no le pusieron nada". Ella misma se alejó un par de meses del barrio, pues pensaba que los hermanos del joven muerto la estarían buscando, pero para su sorpresa, no le tenían rencor y se convenció de que no había sido su culpa.

Soñaba mucho con Aníbal y se asustaba. Consuelo interpreta todos sus sueños y hacen parte de su tema frecuente de conversación. Cree que soñar con mierda significa plata, matrimonio significa muerte, sexo significa sexo. Y cuando sueña algún número lo busca en la lotería y le apuesta el chance, costumbre arraigada que no traiciona nunca.

Mientras almuerza, acompañada por los miembros de la familia que estén presentes en ese momento, cuenta historias que muchas veces están fuera de lugar. "¿Se acuerda de Rosa, la compañera con la que yo vivía. Ella tenía una hija en Puerto López y el mugre marido la violó. La muchachita vomitaba semen." En realidad eso lo contó después del almuerzo, pero era su costumbre contar historias de este estilo en cualquier momento hasta que la familia le pidió que no fuera tan descarnada y tuviera un poco de tacto, pues Consuelo tiene un gusto inusitado por lo macabro y siempre llegaba refiriendo la muerte de un ciclista en la mañana, un peatón destripado bajo la buseta, una violación, una venganza, un atraco, una pelea a puñal, todo lo que ve cotidianamente, y no en la televisión pues no tiene una.

En la tarde se toma otro café, aunque confiesa que se le alteran un poco los nervios, y continúa la limpieza de la casa o el planchado de la ropa, lo que menos le gusta de su oficio. Como ya se ha dicho, la cocina es su actividad favorita y durante el almuerzo pregunta varias veces cómo quedó la comida y se echa flores a sí misma si otros no lo hacen.

Se queja de su novio actual, quien no tiene nunca tiempo para verla y cuenta que un hombre casado y uno mucho más joven que ella la están cortejando. Ya ha salido en algunas ocasiones con el hombre casado y del joven ha recibido regalos. Alguna vez estuvo viviendo con un novio, aunque no lo quería. Se sentía muy sola y decidió probar suerte. Es imposible contar la cantidad de hombres con los que Consuelo se ha acostado, aunque ella es muy clara, "yo podré ser lo que sea, que me llamen guisa, no me importa, pero nunca trabajaría como fufurufa". Ella se acuesta porque le encantan los hombres y les encanta a ellos.

Antes de venir a Bogotá, ella y una amiga fueron llevadas al pueblo de San Antonio, Caquetá adentro, para trabajar, supuestamente, como meseras de un campamento de petróleos gringo. Estaba acostumbrada a trabajar desde pequeña. Las llevaban realmente para prostituirse en un burdel que recibía todas las semanas a los raspachines de coca, quienes devolvían a los dueños del burdel, en putas y aguardiente, el mismo dinero que éstos les daban por raspar la mata. Consuelo se dio cuenta del negocio y se logró volar pero la amiga no corrió con tanta suerte. Luego llegó a Bogotá y se amañó, aunque algunas veces, cuando se queja de soledad y falta de plata, dice que se irá de vuelta, pero nunca lo hace.

Ahora suena el rosario en la grabadora y Consuelo termina de perfumarse. Ya está bastante oscuro y cuando sale de la casa saca las bolsas de la basura. La revisa el portero y le echa algún piropo, ella se ríe si el portero le cae bien o le dice 'hi-jue-pu-ta' si le cae mal y le parece grosero. Se monta al bus y cuando llega al barrio se encuentra con el muchacho que está enamorado de ella y la invita a comer pollo asado, su comida preferida. Es viernes y va a beber hasta caer ebria. Mañana se tomará un caldo de costilla para el guayabo y en la tarde irá por la carrera séptima con calle 165, en donde se ha ubicado un circo del que ha hablado en cada casa emocionada toda la semana, desplegando los brazos, imitando al acróbata sobre la cuerda floja y rematar en un paso de salsa abrazada de la escoba.

NACHITO

Hasta hace unos pocos días tuve un primo joven, de ojos verdes claros y sonrisa eterna. Tengo pocos recuerdos suyos: jugador de fútbol talentoso, al igual que sus hermanos mayores, estuvo cerca de jugar en los equipos profesionales colombianos. Nunca supe qué ocurrió para que se truncara su carrera deportiva. Fue el hijo consentido de sus padres, el hijo menor, en quien me parece se habían depositado bellas ilusiones de llevar una vida distinta, más sana y recta que la del pesado ambiente generalizado entre el Caquetá y la familia. Todos sus hermanos ya habían pasado por la "universidad", en sus atajos por coronar algunos billetes verdes.

Antes de continuar aclararé que hablo de un primo muerto. Falleció a los 23 años, de dos balazos. Aún no estoy al tanto de los detalles de su muerte pues me encuentro lejos de casa, pero se supone que transportaba al banco una importante cantidad de plata y ante su resistencia en un intento de robo, fue asesinado. Estaba trabajando con la Alcaldía de Florencia como conductor personal de la alcaldesa. Imagino que también él andaba armado, pues su cargo tenía implícito el cuidado de la vida de su patrona. Alguien me ha dicho luego que la verdadera razón fue un lío de faldas. ¿A quién creerle?

La última vez que lo vi supe que haría estudios de criminalística. Yo no sabía —no sé— si esos estudios sirven para ser guardaespaldas. No lo creo, pero en Colombia el rebusque es ley y de criminalística a conductor guardaespaldas no hay mucha distancia, cuando se piensa bien. Esa última vez que lo vi fue en mi casa, en vacaciones de fin de año de 2004 o 2005, al graduarse de bachiller. Mi primo se llamaba Juan Ignacio pero todos le decimos —le decíamos— Nachito. Hay varios Nachos en la familia, pero él era el menor. El mayor, mi abuelo, también murió abaleado en el Caquetá, cerrándose así simétricamente esta breve genealogía.

Aquella última vez en mi casa me dejó un recuerdo amargo. Nachito compartió varios días conmigo y con mi hermana, conoció un poco más de Bogotá, pues él vivía en Ibagué en aquel entonces, y en general creo que estuvo contento. Al despedirse me regaló una camiseta del Real Madrid. Recuerdo, sin embargo, que por aquella época yo era muy huraño y me indispuso su presencia en la casa en varias ocasiones. Sentía que debía hacer algo por él, decirle o proponerle siempre algo, y eso me fatigaba. Era una fatiga imaginaria pues él no demandaba nada, simplemente estaba pasando sus vacaciones, pero lamento confesar que si bien nunca fui grosero con él, tampoco fui honestamente amable durante los últimos días de la visita y guardé bastante silencio,

ese silencio denso y eléctrico que los demás perciben en uno cuando está de mal genio. La liga de fútbol europea, le hice saber con el ceño, me resultaba indiferente.

Al momento de regresar a su ciudad, a pesar de conservar su sonrisa, sospeché que se llevaba una sombría impresión de mi carácter, aunque nunca dijo nada. Con el paso del tiempo, sin volver a hablar con él, comprendí que sin duda estuvo al tanto del sentido de mi silencio. Hubiera querido excusarme, pues se trató de una época en que yo, más joven e inmaduro, privilegiaba en exceso la soledad y un deseo apremiante de 'hacer mis cosas'.

Ahora mi primo está irremediablemente muerto y no se puede hacer más. Yo estoy lejos de la casa, estoy en Burdeos, en Francia y asisto a una escuela de francés todas las mañanas, después de distribuir periódicos gratuitos a los pasajeros de tren en la estación Saint Jean. La semana pasada, la muchacha de la recepción, con quien converso de vez en cuando y cuyo novio es colombiano, me contó que un compatriota vendría a la escuela. Eso me hizo pensar en tomar aguardiente algún viernes por la tarde, como en los bares de Bogotá cercanos a las universidades. Pero aquí no he encontrado un bar parecido, en donde uno pueda armar una rumba desde las diez de la mañana.

El colombiano llegó el lunes y escuché sin querer la entrevista inicial con uno de los profesores, en donde se examina su nivel de francés oral y se le asigna un grupo acorde con sus capacidades. Las entrevistas se llevaban a cabo en la sala de computadores y saludé a Jérôme, el profesor, quien me autorizó a entrar y utilizar un computador. Tan pronto me senté, le tocó el turno al colombiano: es nacido en Montería pero vivía en Bogotá desde hacía tres años y estudiaba francés desde hacía un año en la Alianza Francesa. Eso es todo lo que sé. Ya hemos hablado pero no le he hecho preguntas. ¿Por qué? Porque he sentido que él es Nachito. Tiene ojos verdes un poco más oscuros, rasgos afilados, cabello castaño y mediana estatura. Y la sonrisa eterna, cargada de nobleza, como mi primo. Quizás será su forma de caminar. Tal vez su cuidado de las uñas y de ciertos detalles de sus vestimenta...

No se trata de un simple parecido físico. He percibido con todas mis fibras que es verdaderamente él y ha regresado y ha venido hasta aquí.

Mientras caminábamos y le mostraba un supermercado cercano y le contaba sobre el transporte y otros detalles fundamentales de la ciudad, y él decía "Gracias, gracias Edgardo...", era como si Nachito lo dijera.

Como lo decía cuando yo era amable.

Y también cuando no.

...COMO BAÑARSE EN EL RÍO

"Ni los lunes ni los jueves puede bañarse en el río", es la seca advertencia que escucha una Luzi aterrada, al salir del agua corriendo tras sentir esa niebla empalagosa entre las piernas, acariciando su abdomen, enrojeciendo sus cabellos. Coágulos inmensos de espesa sangre que cree suya, pero que inundan ahora el agua del río, mientras con el jabón crea abundante espuma y con pudor se restriega las axilas, apartando con incomodidad la túnica blanca que se adhiere a su cuerpo y lo perfila inmerecidamente, con la inevitable hermosura de sus diecinueve años conservados con delicadeza, quizás por Aquél a quien cuyo servicio se ha entregado huyendo de la orfandad.

Como la sombra de las nubes sobre el agua avanza por la corriente la sangre del matadero que se encuentra algunos kilómetros río arriba. "Ni los lunes ni los jueves", dice la madre Leonor en el camino de vuelta a la casa, imperturbable, casi divertida mientras observa a Luzi llorando, manchando las toallas limpias que después tendrá que lavar, escupiendo por momentos, asqueada por aquel olor metálico impregnado detrás de sus orejas, en el ombligo, bajo el brasier.

"Mi niña... ¿cómo no se dio cuenta?"

"¿Cómo nadie me dijo nada?"

"¿Cómo no avisó que se iba a meter al río? Sólo a usted se le ocurre ir y no esperar a que escampe."

Pero después de tres días viajando Luzi no ha querido esperar más. Ya siente pecaminoso el olor de sus zapatos y el sudor inesperado de la tierra caliente le enseña que las mujeres que vienen del interior para adentrarse en las selvas son más propensas al sarpullido, tan perversamente mal ubicado que se echa tres bendiciones antes de empezar a rascarse. A aquel placer se entrega en el río, culposa, hasta que se percata del agua carmesí, tan distinta del agua arcillosa que el Orteguzza le ha mostrado el día antes, cuando se guardaba el último sol por muchos meses en el cielo, en una canoa llena de costales a punto de reventar, cajas de remesa amarradas con cabuyas y viajeros que siempre tienen una mano en el sombrero azotado por el viento, avanzando suavemente, esquivando los troncos caídos de mirada macabra, saludando a las reses que pacen cercanas y siempre atentas al paso de las embarcaciones, ondulando las aguas dulcemente arrulladas por el zumbido grueso del motor y de las ropas contra el aire vigorizante de la tarde.

Tres días de viaje que debieron ser sólo uno, pero el inicio del invierno ablandó la cordillera y pareciera que toda una montaña se hubiera venido abajo: una familia y su casita de lata y madera quedaron enterrados bajo el alud. Pero eso no lo sabía nadie y las retroexcavadoras se limitaban a remover con furia la tierra y la roca. El hombre que viajaba junto a Luzi, cuya joven barba poblada y mirada clara la hacían pensar en Jesucristo, se ofreció como voluntario para retirar piedras y terrones. Sentada junto al autobús, tomando avena, exhausta por la humedad y la espera, observaba a lo lejos los brazos enormes y las manos esperanzadas de su compañero de asiento, su reloj negro y su cadena de oro con un crucifijo del tamaño de un colibrí. Era un tipo simpático aunque de rostro áspero, con quien había empezado a conversar un día después del derrumbe, quien citaba largos versículos bíblicos y decía regresar de Neiva tras haber visitado a su mujer. Que desde Florencia continuaran juntos en la canoa inquietó a Luzi, aunque en el río él se limitaba a mirar el horizonte y guardar un profundo silencio.

Luzi recuerda el último momento en que lo vio, besando el Cristo de oro y enseñándoselo en lo alto a ella, despidiéndose y alejándose río arriba en la canoa casi vacía, en el momento justo en que la lluvia comienza. Y sueña en la noche con él, sudoroso y fuerte en la carretera de la cordillera, agitando la pala, solo, recogiendo piedras negras, removiendo la tierra espesa que obstruye el paso y descubriendo el brazo estirado de un niño que buscaba infructuosamente la salida, hasta que el hombre lo desentierra y consuela el cadáver morado y sucio. No fue así en la cordillera real, pues el niño aparecería río abajo, muchos kilómetros más lejos, en Suaza, con la boca, la nariz y los ojos saturados de oscuros terrones.

"Le dijo entonces su mujer: '¿Todavía perseveras en tu rectitud? ¡Maldice a Dios, y muere!' Mas él respondió: 'Hablas como una mujer necia. Si se acepta de Dios el bien, ¿no se ha de aceptar el mal?'", les leía Luzi a sus alumnas del internado. "Como ven, Job es un ejemplo de paciencia, porque aunque atribuye a Dios sus males, los acepta y los bendice. Así es un buen cristiano, niñas."

Es grande la escuela de Santa Milanesa, en donde los únicos hombres son el mayordomo y sus dos hijos, empedernidos en permanecer en la zona a pesar de las amenazas y los panfletos acusando al internado de colaborar con la insurgencia, con las autodefensas, con los militares. El mayordomo, al igual que las monjas, se declaró colaborador únicamente de Dios y se encarga de la que fuera la finca en que creció como de una misión, y provee de leche, huevos, gallinas, yuca y plátanos a las hermanas y a las treinta estudiantes de primaria. El internado masculino, que también se declaró neutral, "Comunidad de Paz", se encuentra a pocos kilómetros y con frecuencia se ve venir al padre Roso bajando por la colina en su yegua amarilla, soslayando el morichal en donde los micos gritan y saltan azorados.

Luzi se queda mirando por la ventana con sus grandes ojos negros, cansada de compartir su voz con el murmullo eterno de la lluvia que sin arreciar en ningún momento, tampoco se decide a detenerse y sólo colma el espacio con muros acuáticos que traen mensajes desde lo alto. Sus estudiantes permanecen lejanas y absortas mirando por la ventana, hipnotizadas con el vasto mundo que allá afuera se deshace, alguna ligeramente convencida de que Job debería escuchar a su esposa, otra

anhelando la cama de su casa y a su madre que la arropaba en las noches y la protegía formando un gorrito con las sábanas y la almohada.

En las noches, cuando la planta eléctrica deja oír su ronroneo y las bombillas plagadas de mosquitos, de jejenes, de cucarrones, agitadas por esta vida que atraen, hacen imposible comer en paz por el temor de masticar alguna polilla caída en el plato; en la noches que comienzan de verdad a las siete en punto, cuando el ronroneo mengua y de pronto Luzi siente que un gran fardo de oscuridad anega todo el espacio de repente, sin dar tregua, mucho menos por estos días de lluvia en donde la luna es una ilusión y sólo se escuchan grillos y cascabeles y ya al amanecer los mugidos de las vacas y el bramido absoluto de algún toro gigantesco que asusta a todas las niñas del internado hasta en lo más hondo de sus sueños; en una de esas noches, Luzi tiene que levantarse porque ha olvidado traer su bacinilla y el placer de su aguante comienza a tornarse en dolor.

Linterna en mano, sale al corredor, busca el baño que está al final de la casa y sin la debida precaución de revisar el lugar, sentada en el inodoro, siente como una fría mano que la azota en su nalga derecha, la hace saltar y cae encima de una cucaracha, consternándola aquel crujido de galletas que se parten, y despierta a una enorme mariposa negra que revolotea entre su pelo y la hace contener un grito. Luego, temblorosa y pálida, con el único rayo de luz de su linterna en la mano, se levanta su bata blanca y voltea despacio la cabeza para ver su trasero, en donde descubre un sapo del tamaño de un pequeño duende que la mira absorto con ojos extrañamente claros. Sin pensarlo demasiado, toma un cepillo de dientes –es de la madre Leonor– y conteniendo la respiración, sin moverse ni pestañear, lo usa como palanca y manda al sapo dando giros en el aire de vuelta al inodoro.

Son las tres de la madrugada cuando Luzi vuelve a su habitación y escucha algunas risas y voces tras los muros y las puertas de uno de los cuartos de las niñas. "Su mamá es una guaricha y su papá es un cabrón y sus hermanos son unos caremicos y usted es una guaricha también llena de ronchas entre las piernas", escucha Luzi pegada a la puerta, y luego las risas de las niñas. "Ahora su turno, Luz Dari", dicen. "Bueno... Diana, me contaron que la vieron haciendo el amor en un potrero con el marica del cura Roso y que le va a nacer un hijo bobo, por ser tan zorra y tan patisuelta" y vengan las risas desternilladas de las niñas. Luzi no dice nada, y no recuerda que ella misma hubiera jugado así en el internado, pero se aleja asustada y se mete en su cama con los pies fríos y la nalga derecha enrojecida.

Los días para Luzi se tornan largos y tediosos. La lluvia aplaca por momentos y el río deja de acercarse intimidante a la casa, aunque es sabido que nunca ha llegado tan lejos, así que nadie se preocupa por una posible inundación, cosa que sí han sufrido algunos pueblos río arriba. Son días eternos y desdichados, sin amigas y sin conversaciones. Luzi es la única joven del internado, las demás son o muy niñas o muy viejas, y ninguna la mira a los ojos ni se detiene para decirle o preguntarle nada. Tampoco el mayordomo o sus hijos se acercan demasiado y lucen siempre recelosos, como si la llegada de ella dos meses atrás hubiera sido un error, una perturbación. Conversa con un gato al que llaman Tomi y pasea por las orillas del río, cuidando mucho en no acercarse los lunes o los jueves, pues no quiere revivir el temor terrible

del día de su llegada, ni siquiera con la contemplación escarlata del escenario.

Hay días en que escampa totalmente y el sol aparece para condensar el aire hasta hacerlo irrespirable, cuando Luzi siente en el salón de clase que toda su ropa es una melaza que se adhiere a su torso y a sus muslos. Recuerda entonces al hombre del bus, ve con nitidez su reloj negro marcando las tres treinta y ve su crucifijo partiendo en vuelo convirtiéndose en una guacharaca contra el cielo plateado. Se queda callada largo rato y sus alumnas apenas lo notan, pues cada una de ellas se encuentra inmersa en sus propias ensoñaciones. Y cuando vuelve la noche, la sequedad deviene en tormentas atemorizantes, cargadas de relámpagos y silbidos del viento empeñado en arrancar las tejas y colándose furioso por entre los calados de los muros. Luzi se asusta y enciende la linterna, alumbra las camas de las dos profesoras ancianas que duermen inalterables en su habitación, se bendice tres veces y ora silenciosa el rosario, metida totalmente bajo las sábanas, cual si estuviera acampando, sintiendo un frío sobrenatural y desconocido para las gentes de aquella zona.

Entonces pide que no se repita lo acaecido dos veces cuando la tormenta arrecia. Pero esta noche, al igual que las anteriores, el firmamento ruge y a lo lejos se acercan como metrallas las gotas pesadas, las nubes sólidas, el fuego recalcitrante que azota la tierra. Y cuando siente la succión de la noche que lo deja todo en silencio por un momento, escucha aterrada un silbo agudo y gutural que se filtra por los calados, su linterna pierde la luz y el fardo pesado de la tiniebla cae sobre ella a la manera de un hombre que la recorre de dentro hacia fuera. No sabe ahora cómo detener su respiración agitada, arden su boca abierta y su cabeza echada hacia atrás contorneando su abdomen, y se deja invadir por el gemido ahogado, por el roce de aquel rostro áspero contra sus mejillas, por aquellos brazos enormes y esas manos ansiosas que reptan en su cintura, le aprisionan sus brazos febriles, le abren sus piernas que tiemblan, le acarician la pelvis que va y viene como una ola; se pasa la lengua por sus labios, prisionera de aquel cuerpo que ahora la domina y electriza, pide entonces ser penetrada y con desgarradora suavidad queda pulverizada de placer, ardiendo su vientre lleno de remolinos y colibríes, sus senos erizados y toda la cama un río húmedo, sangriento la primera noche, blanquecino las siguientes.

Luzi se pregunta si las demás profesoras esperan la tormenta con tantas ansias como ella; no lo cree, por la expresión sombría y el rictus mortuario en los labios de todas. La vergüenza de las primeras noches se torna en una candidez única en el internado, que la hacen montar a caballo, acariciarles la cabeza a sus estudiantes y pescar sardinas en el río. Cuando vuelve el verano y las noches están secas e iluminadas, Luzi ansía que los días pasen rápido, que el invierno regrese y se transforme en un diluvio universal que se prolongue por cuarenta años.

Por el río sube la gente, como siempre. Ocasionalmente pasan las lanchas militares del batallón de la zona, transportando los bultos blancos de los caídos en la batalla. Pasan las fiestas navideñas y desde Bogotá, tan grande y lejana y loca, Luzi recibe una carta de su tía y la lee con desgano. Cuando se acerca la Semana Santa, Luzi desespera por el regreso de las lluvias. Pero como es bien sabido en Santa Milanesa y en el resto de la zona, siempre llueve en Viernes de Crucifixión, así que a Luzi la albergan las esperanzas de abismarse en los precipicios de una noche extática

y electrizante, y de redimir su húmedo pecado horadando el Sagrado Corazón de Jesús. Sin más confidentes que Tomi, pues al padre Roso, su confesor de mirar lujurioso, no le cuenta nada, Luzi no ha sentido el peso de ser juzgada por sus ansias y sus actos. La soledad de sus días acrecienta su fe en Dios y las tormentas moldean su moral con la forma de un ídolo pagano que ella no reconoce como tal, sino como la encarnación de otro amor. Aunque para mantener la cordura cuando milenarios vestigios de culpabilidad la embargan, se inflige frecuentemente el castigo verbal que aprendió y perfeccionó con los juegos nocturnos de las niñas.

La lluvia comienza desde el Jueves Santo. En el río no baja la sangre del matadero, pues por aquellos días comer res o cerdo no es conveniente y los hombres prefieren los bagres y los bocachicos. La llovizna nunca se detiene, como un diluvio a fuego lento. Amanece el cielo gris y nublado, pero fresco. Luzi ora con el resto del internado y luego sale a pasear, anhelante, tranquila, con una sombrilla pintada de flores que protege muy poco de la lluvia. Al pasar por el río escucha los juegos de algunas niñas y se acerca para ver mejor. Dos de sus estudiantes se bañan desnudas y se besan, sonriendo, chapoteando el agua, nadando con mucha gracia. Son apenas unas niñas pero Luzi no puede evitar sentir pudor al contemplar el vello y los senos que comienzan a formarse. No tiene el coraje de regañarlas o advertirles que bañarse el Viernes Santo no es buena idea, así que se esconde detrás de un árbol y les grita, imitando la voz de la madre Leonor: "¡Se van a convertir en sirenas!". Las niñas se ríen y la llaman, "profesora Luzi, venga que el agua está muy rica". ¡Qué ingenua Luzi, no haber cerrado la sombrilla al esconderse! Y como bañarse en el río mientras cae la lluvia es divina y seductora tentación, Luzi se mete, empapa su vestido y sus labios y su lengua en extendida ofrenda, sin conocer su nombre, a Baal, y por primera y única vez se siente plenamente miembro del internado.

Pasan horas y ellas en el agua, con sus cuerpos límpidos, los dedos arrugados y el frío de la noche asediando, cuando un olor antiguo a metal invade el río y Luzi se queda pasmada. La llovizna se convierte en chubasco, en lluvia y en aguacero y con las aguas tan agitadas las rayas y los temblones se vuelven peligrosos, así que Luzi sale corriendo hacia la orilla y desde allí llama a las dos niñas. Cuando éstas se acercan ya la penumbra dificulta la visión, pero Luzi percibe muy claras las manchas rojas y los coágulos en las piernas, las aguas saturadas de sangre. "El matadero..." piensa, mientras ayuda a las niñas a vestirse y se alejan rápidamente hacia la casa. Si esperara un minuto más, vería cómo bajan los pedazos de cuerpos flotantes de uno, dos, cinco, quince hombres, partes desnudas e hinchadas, mutiladas, descuartizadas, pedazos de ojos y pelo y dientes mirando al cielo o al fondo, despedidos de la vida.

Vienen la tormenta, los goterones y los relámpagos. El ACPM para la planta eléctrica se ha agotado y el internado entero se va a la cama antes de tiempo. Luzi se envuelve en su bata blanca, se aplica aceite aromático en el cuello y en los lóbulos de las orejas y espera, sin temor, a pesar de que el cielo se está viniendo abajo, los truenos son ensordecedores y los rayos resplandecen en medio de la casa. Hasta que una explosión tumba el muro de su habitación y aplasta a las dos monjas ancianas, entonces sí, en ese momento Luzi ve a los hombres armados que se atrincheran y descargan sus ráfagas contra los que desde el otro lado de la escuela preparan varios cilindros de gas convertidos en improvisados misiles. Luzi grita y se mete debajo de la cama y de los escombros desde donde escucha gritos infantiles, voces que se callan, órdenes, lluvia, gritos de hombres, desde donde huele el metal de la sangre y llegan a sus manos goterones espesos de lluvia sanguinolienta.

Después de cuatro horas resguardada por el muro venido abajo, la tormenta y el combate terminan. Luzi se queda allí esperando, escucha helicópteros y ve alejarse botas de caucho, fusiles y pañuelos tricolor atados al hombro. Horas después, cuando ya no se mueve un alma, sale de su improvisado refugio y ve en el corral hombres vestidos de civil despedazados por las balas y las explosiones, algunos todavía encapuchados. Aterrada al ver toda la casa del internado hecha un amasijo de piedras y huesos rotos corre hacia el río y encuentra arrodillada, en la proa de la canoa del mayordomo, a una de las niñas con quien se bañó la tarde anterior. Tiene un revólver en la mano, la blusita rasgada, sangra entre sus piernas y su rostro está lleno de moretones. En el otro extremo yace un hombre boca abajo. Luzi sacude a la niña y la saca de su ensoñación, le tiemblan los labios y rompe en llanto al mirar al hombre. Pujando Luzi lo arroja al agua y cae boca arriba: un hombre de brazos enormes, manos empapadas de angustia y reloj negro fisurado; al comenzar a hundirse, en el agujero de su pecho se oye un gorgoteo y súbitamente surge volando un pájaro cenizo.

Luzi intenta prender el motor pero cada jalonazo acrecienta su impotencia, así que da un impulso a la embarcación con una palanca de guadua, abraza a la niña y se deja llevar por la corriente, con ganas de morirse, río abajo.

DESPUÉS DE LAS FIESTAS

Texto dramático

El Padre: 45 años.

El Hijo: 20 años.

(6 de la mañana. Luz de madrugada. Un canto lejano de pajaritos que dura todo el acto. También música de Los Visconti, Julio Jaramillo y José Alfredo Jiménez con el mismo volumen que los pajaritos.

Escena doméstica. La cocina de una casa: una mesa con un mantel rojo, un radio, al lado la nevera beige y en el extremo exterior izquierdo una puerta verde que da al baño, cuyo interior ve el público. La mesa tiene la siguiente particularidad: un compartimento secreto en donde se oculta una máscara monstruosa; para sacarla, el actor del Hijo separa la tela del mantel y la extrae cuando la vaya a necesitar. La máscara debe lucir como la Madremonte: fangosa, con jirones de musgo sanguinoliento que cuelgan y que aumentan considerablemente el tamaño de la cabeza.

El Padre y el Hijo entran caminando muy despacio. Es 26 de diciembre y llevan dos días celebrando la Navidad. Están alcoholizados pero conscientes y hablan extremadamente despacio para poder articular sus palabras. El Hijo se sienta de espaldas al público y el Padre en diagonal a él. Están acabando una botella de aguardiente Extradestilado del Caquetá).

El Padre: ¿Su mamá se fue a dormir?

El Hijo: Sí.

El Padre: Más cansona...

El Hijo: Sí...

El Padre: Cuando yo era niño celebraban derecho desde el 24 hasta el 6 de enero. Paraban para comer lechona, ir al río el Primero y listo. Eran berracos los abuelos.

El Hijo: ¿Mi abuelito tomaba mucho?

El Padre: Siempre... Me tocaba ir a acompañarlo y lo llevaba borrachito hasta la casa. 'Bállantains', eso era lo que él tomaba. *(Callan durante un minuto largo y se toman otro trago: el Padre le sirve al Hijo.)* Yo no me despegaba del viejo... *(Aprieta la voz.)* Usted no se imagina, era un señor así, pequeñito, como ver a su tío Octavio, moreno. Ni sabía leer pero era muy inteligente. *(El Hijo mueve la cabeza asintiendo.)* Yo me desmayé cuando lo mataron. Ya ni me acuerdo porqué no me fui para la finca ese día con él... Pero donde hubiera ido no estaría contándole esto. *(Se le quiebra definitivamente la voz.)* Un año, un año entero anduve con una pistola buscando a los asesinos. Me decían que en Pitalito, en Suaza, en San Antonio, hasta en San Vicente anduve...

El Hijo: *(Susurrando.)* ¿Y nada?

El Padre: Nada... Después nos resignamos y tocó trabajar en la finca pa' no dejarla abandonada. Eso fue otro problema, su Tío Elías quiso quedarse con todo y casi deja a Mamá en la calle. Y mírelo ahora...

El Hijo: Sí.

El Padre: Pero yo como pude me quedé con *La Niña* y con las cuatro chuchas que allá habían. Eso fue cuando me casé con su mamá. Nos íbamos los dos al otro lado del río a sembrar yuca, su mamá con una batica azul esperándolo a usted. Nos dolían las manos sacando terrones. Era mucho lo que trabajábamos. Todo para usted y su hermana.

El Hijo: Yo sé, sí.

El Padre: *(Con suavidad.)* Tiene que ser más acomedido, acompañarme.

El Hijo: Sí.

El Padre: Yo lo que quiero es que usted sea como yo, guapo, que la vida no le quede grande.

El Hijo: Sí señor. *(Callan durante otro minuto largo y se toman otro trago: el Padre le sirve de nuevo al Hijo.)*

El Padre: ¿Es que usted no me quiere?

El Hijo: Papá...

El Padre: *(Muy serio.)* Solamente pa' la plata, ahí sí está el viejo, ¿no?

El Hijo: Claro que no Papá, cómo dice eso. Yo a usted lo quiero mucho. No se lo digo nunca pero usted sabe que sí.

El Padre: *(Se torna inquieto en su silla.)* No, no, no... son güevonadas, yo sé que usted no me quiere. Eso se nota, todo distante, frío.

El Hijo: No es mi culpa ser así.

El Padre: *(Con displicencia.)* Bahhh...

El Hijo: Así me volví y ya es muy difícil cambiar. Todos estos años y no nos tenemos confianza. ¿Hace cuánto que no hablábamos? ¿La Navidad pasada? Pero cómo no lo voy a querer, ¿usted cree que yo no aprecio todo lo que hace por mí?

El Padre: La plata, eso es lo único. Déme un abrazo de vez en cuando. Usted no se da cuenta, yo le digo que lo quiero de muchas formas, no se lo digo con palabras pero se lo expreso. Usted no se da cuenta de nada, siempre anda pensando en otra cosa. Un día se va a arrepentir, cuando yo me muera, de no haber compartido más tiempo conmigo.

El Hijo: Papá...

El Padre: Tiene que confiar en mí, Hijo, yo puedo ser su amigo.

El Hijo: Somos muy diferentes. Ni siquiera me gusta traer a mi novia a la casa porque usted empieza con sus cosas. Usted nunca me ha tenido y nunca me tendrá confianza.

El Padre: ¿Acaso me ha presentado alguna vez a su novia? *(El Hijo guarda silencio.)* Preséntemela y tráigala a hacer visita. *(Con tono molesto.)* Otra cosa es que quiera volver la casa un burdel, así como la otra noche. Tiene que respetar eso. Yo con mucho gusto le doy pa'l motel, pero acá no va a...

El Hijo: *(Con displicencia.)* Bahhh... *(Callan durante otro minuto largo y se toman otro trago: el Padre le sirve otra vez al Hijo.)* Son pendejadas, como si usted y mi mamá no fueran esposos. ¿Por qué le tiene tanto miedo a 'eso'?

El Padre: Después deja una muchacha embarazada y ahí sí usted verá...

El Hijo: ¿Pero porqué le tiene tanto miedo...? *(Empieza a reírse solo.)*

El Padre: ¿Qué pasa?

El Hijo: Es que me acordé... yo me acuerdo de todo, desde que era muy niño... me acordé que yo los vi a usted y a mi mamá haciendo el amor. Ella se paraba y se cambiaba los brasieres. Yo no sé porqué tenía los brasieres puestos... *(Callan unos 15 segundos y el Padre le sirve al Hijo.)*

El Padre: *(Con tono cauteloso.)* ¿Entonces usted se acuerda de mí y su mamá haciendo el amor?

El Hijo: *(Con la cabeza agachada; este último fue 'el trago de la muerte', como el que enamora definitivamente a una persona o el que dobla las rodillas de los bebedores. Se ríe y la risa empieza a fundirse con llanto. Habla con mucha dificultad.)* Sí... y también me acuerdo que ustedes se fueron mucho tiempo y me dejaron donde mi tío... *(Se ríe y llora procurando controlarse.)* Y me compraron un muñeco de Condorito y yo lo colgué de la pared *(Estalla totalmente en un llanto sobresaltado, que sin embargo sigue teniendo el tono risueño. El Padre le acaricia*

suave, como una madre, la cabeza, mirando para abajo. Lo hace por treinta segundos y se para al baño. El Hijo se queda llorando silencioso. Las luces bajan la tonalidad y un reflector nos indica el camino del padre hacia el baño. El Padre entra al baño y solloza allí, no hace nada más. Mientras tanto, con cautela, el actor del Hijo se pone la máscara monstruosa. Pasan treinta segundos más. El Padre está volviendo a la mesa, se resbala y cae al piso, entonces el Hijo voltea y mira al público con su rostro horroroso durante cinco segundos. Es lo único que se le permite ver al público. Está impasible, como si no tuviera ninguna máscara encima. El Padre, por el contrario, se sobresalta y se agarra de la nevera. El Hijo ha vuelto a su posición normal y se ha quitado la máscara.)

El Padre: *(Agitado, de pie junto al Hijo.)* ¿Qué pasó?

El Hijo: *(Ya más calmado de su llanto.)* ¿Mmmm?

El Padre: *(Con suavidad.)* ¿Qué pasó?

El Hijo: No me pude aguantar las ganas de llorar. Perdóneme...

El Padre: *(Se acerca y le toca el rostro.)* No, no, no... ¿Qué pasó? Estaba todo verde...

El Hijo: ¿Mmmm?

El Padre: Como un monstruo... Le colgaban unas matas, como unos helechos... En toda la cara.

El Hijo: No. Estaba llorando por el Condorito... Perdóneme.

El Padre: *(Para sí mismo.)* ¿Qué pasó?

El Hijo: Ese Condorito... Yo no sé... *(El Padre se queda treinta segundos en pie y, respirando agitado, se lleva la mano al pecho. El Hijo no levanta más la cabeza.)*

El Padre: Vamos a dormir. *(Para sí mismo, levantándole la cabeza al hijo:)* ¿Qué fue lo que pasó?

(El Padre sale de escena y el Hijo recoge las copas y la botella, apaga el radio, se seca el llanto del rostro y la luz se apaga.)